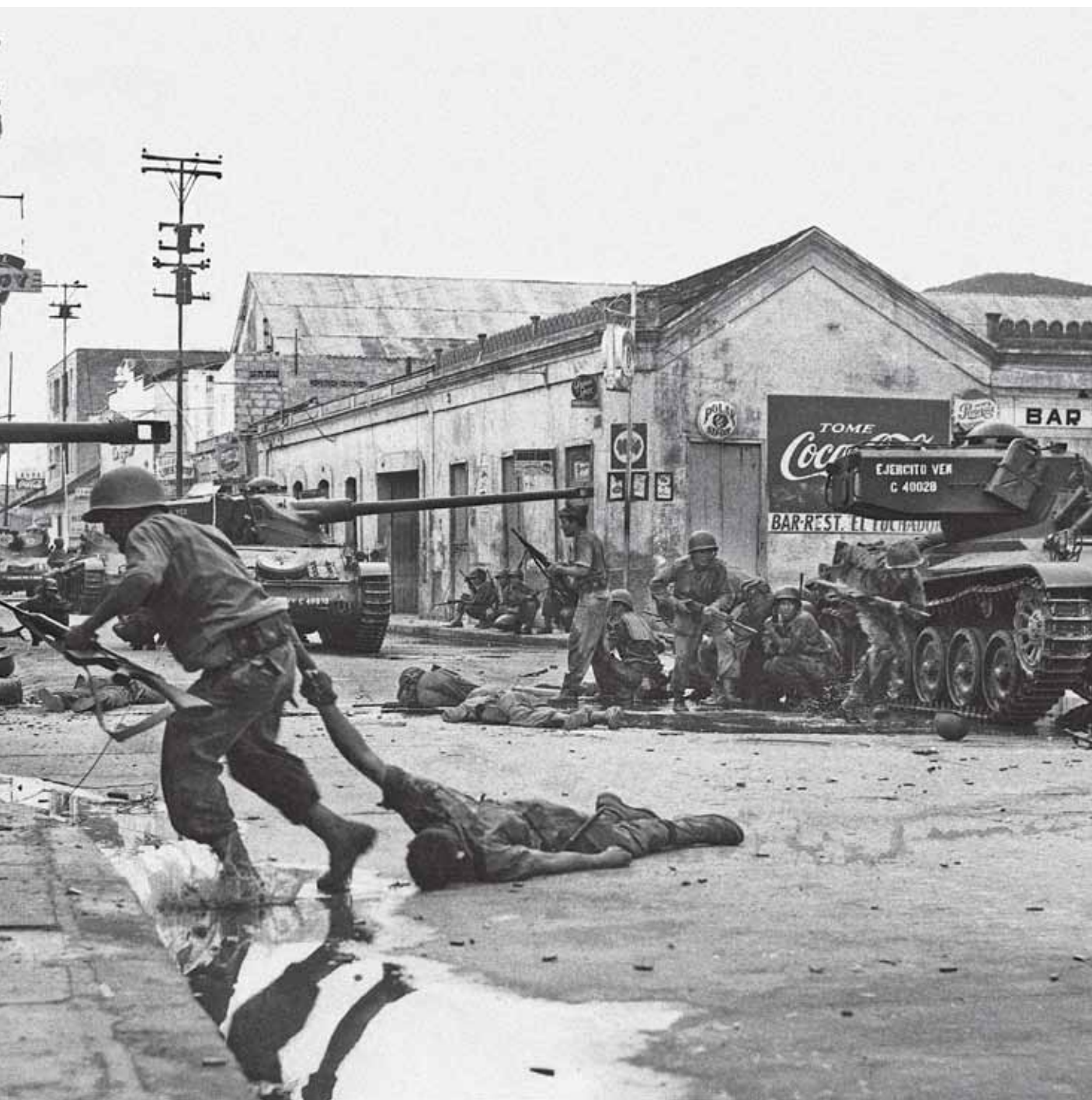


70 años

Fotoperiodismo

en Venezuela





70 años

Fotoperiodismo

en Venezuela

1940-2011

Curaduría **Vasco Szinetar**

• Francisco Edmundo «Gordo» Pérez. Rafael Caldera, presidente de la República de Venezuela. *El Nacional*

Índice

70 años. Fotoperiodismo en
Venezuela 1940-2011

Primera edición, junio 2011
© Banesco
© Grupo Editorial Cyngular

Reservados todos los derechos.
Queda rigurosamente prohibida,
sin autorización escrita de los
titulares del Copyright, bajo las
sanciones establecidas en las
leyes, la reproducción total o
parcial de esta obra por cualquier
medio o procedimiento, incluidos
la reprografía y el tratamiento
informático.

Grupo Editorial Cyngular
Calle Santa Ana, quinta Don Julio,
Sebucán, Caracas.
Teléfono: 0212-9357034.
ISBN: 978-980-7212-06-9
HECHO EL DEPÓSITO DE LEY:
lf25220119002212

Agradecemos
la colaboración de
Ramón Álvarez
María Inés Delgado
Maribel Espinoza
Freddy Giménez
Iván González
Marta Marrero
Jhosanna Pacheco
Mónica Pupo
Carmen Silva
Yulimar Surita

A los diarios
Panorama
La Verdad
El Nacional
El Universal

y a la
Biblioteca Nacional

Conceptualización:
Sergio Dahbar, Cyngular
Curaduría:
Vasco Szinetar
Diseño gráfico:
Kataliñ Álava
Coordinación editorial:
Rafael Osío Cabrices
Corrección:
Alberto Márquez
Foto de portada:
Luigi Scotto
Textos:
Pablo Antillano
Elizabeth Araujo
Roberto Giusti
Elizabeth Fuentes
Clodovaldo Hernández
Aquilino José Mata
Ramón Navarro
Fabricio Ojeda Díaz
Rafael Osío Cabrices
Enrique Rondón Nieto
Rosita Regalado
Retoque digital:
ArtMedia Studio:
Betzaida Sánchez
Impresión:
La Galaxia
Printed in Venezuela

- 9
- Introducción
- 15
- Sonrisas borradas
Clodovaldo Hernández
- 27
- El poder en la imagen
Pablo Antillano
- 51
- Los milagros de San Luigi de Leica
Enrique Rondón
- 61
- Un tipazo, Héctor Rondón
Elizabeth Fuentes
- 75
- Un Gordo atravesado en la historia
Rafael Osío Cabrices
- 87
- El ojo del Gurú
Roberto Giusti
- 103
- El momento decisivo del deporte
Ramón Navarro
- 117
- Yo atrapo las vidas de la gente
Elizabeth Araujo
- 131
- Un duelo disparejo
Fabricio Ojeda Díaz
- 153
- Miradas del país que fuimos
Aquilino José Mata
- 185
- Hundir los pies en la realidad
Rosita Regalado

El país devuelto por sus fotógrafos

En las páginas que siguen hay un país. Un país que, plasmado en estas páginas, exige a los lectores demorarse en él, recorrerlo de forma minuciosa, sin apuro. Ciertamente es que cada fotografía es la expresión de un instante. En ello consiste su maravilla: el fotógrafo, maestro del instante, fija en el tiempo la realidad que retrata. Convierte los hechos en perdurables. Trae al lector, a los archivos y a la memoria compartida, realidades y acontecimientos que sin su genio se hubieran perdido u olvidado. La fotografía no solo impide que la realidad desaparezca o se desvanezca del todo, sino que hace posible el propósito de recordar, la voluntad de testimoniar que está presente en todas las sociedades. Quien activa el obturador de su cámara lo hace para obtener un documento que pueda conservarse en el tiempo.

Si el fotoperiodismo es un ejercicio profesional asediado por lo instantáneo y lo efímero, por la sucesión indetenible de acontecimientos que hace que toda fotografía esté siempre a punto de ser desplazada por la siguiente, *Fotoperiodismo en Venezuela* demuestra que el reportismo gráfico puede traspasar su propia condición y convertirse en documento histórico, en referencia estética,

en parámetro cultural. Al igual que el gran periodismo escrito se interna y se confunde con la literatura, así el fotoperiodismo puede adquirir el estatuto de hito socio-cultural.

El recorrido que aquí se propone, que se inicia a mediados de los años cuarenta y culmina en 2011, no es aleatorio: es el resultado de un memorioso, persistente y generoso seguidor del fotoperiodismo venezolano, Vasco Szinetar. A Szinetar muchos le reconocen como una de las más altas figuras de retrato venezolano, autor cuyo portafolio suma ya miles de artistas y ciudadanos notables del mundo. Pero muy pocos saben que es un conocedor profundo de los archivos de fotografía de los diarios venezolanos, que ha sido editor gráfico de innumerables impresos, alguien que se ha dedicado a investigar en centenares de álbumes fotográficos familiares dentro y fuera de Venezuela, y también un cultivado bibliófilo, un verdadero experto en ese cautivante género que son los libros de fotografía.

De lo anterior se desprenden varias conclusiones que hacen de este libro un esfuerzo editorial particularmente relevante: la selección de las fotografías no es

fortuita, sino obra de un artista que vive para el hecho fotográfico. *Fotoperiodismo en Venezuela* es una obra que expone una mirada noticiosa y estética a un mismo tiempo, donde lo significativo de los hechos coincide con la calidad visual de las imágenes. Quiero decir con esto: si cada imagen vale por lo que documenta, también vale por la forma en que lo hace. Fondo y forma son aquí inseparables y es por ello que la selección hecha por Szinetar tiene un valor que excede el campo del periodismo. Pero hay algo que tiene todavía una significación adicional, que no puedo dejar de mencionar: este libro, sin ser justiciero, es la expresión de un deseo de hacer justicia: se trata de un homenaje a esa otra mitad del periodismo venezolano, la que produce las imágenes, sin la cual no es posible construir un relato completo ni de nuestra historia ni tampoco de lo que ha sido el periodismo a lo largo de las últimas décadas. Es un homenaje a los reporteros gráficos venezolanos. Un homenaje a una profesión que ha contribuido de forma decisiva a pensar y a imaginar la realidad en la que vivimos.

Francisco Edmundo «Gordo» Pérez
inmortalizó esta foto en el juicio
que se le siguió a Marcos Pérez
Jiménez en 1965.

• Francisco Edmundo «Gordo» Pérez. *El Nacional*



Introducción

Muy probablemente, lo primero que sentirá el lector (y espectador) de las páginas que siguen es el brillo del pasado. La luz que emite lo recobrado o lo preservado por la fotografía periodística. Un resplandor de un mundo perdido que late en el horizonte todavía modesto de la Caracas vieja o en la piel de tenue plateado de los personajes históricos. Como recuerda Clodovaldo Hernández en el texto que envió para esta publicación, es la memoria el primer sentido que se activa ante una galería fotográfica como la que este libro nos pone entre las manos. Pero el valor de la fotografía periodística trasciende esa función suya tan valiosa de aferrar el pasado para que no se desvanezca. El trabajo de los reporteros gráficos es en primera instancia un informe del presente, de la víctima que acaba de expirar a pocas calles de nuestra casa o en una polvareda del Golfo Pérsico, del *home run* que se le escapó al *center field* la noche anterior en el Estadio Universitario. Son muchas las fotos que los reporteros gráficos hacen cada día, de las que unas pocas salen de las memorias de las cámaras digitales para pasar a las imprentas de los periódicos y las revistas; solo una minoría aún más destilada ganará el privilegio de alimentar, más tarde, los recuerdos.

En este preciso instante, hay varios fotógrafos de prensa apretando el obturador de sus equipos. Millones de personas están haciendo también fotografías, que a veces hasta se publican en los diarios, pero nadie como ese especialista del momento, de la oportunidad y de la trascendencia que es el reportero gráfico. El fotoperiodista. Venezuela abunda en ellos. Ha dado verdaderos maestros del oficio, como Luigi Scotto, a quien recuerda Enrique Rondón Nieto; Héctor Rondón, con quien mandaron a la calle a una joven pasante llamada Elizabeth Fuentes; el Gurú Eddie Martínez, testigo junto con Roberto Giusti de crueles, imborrables instantáneas; Tom Grillo y Francisco Solórzano, que se asomaron al fuego cruzado del Caracazo mientras Elizabeth Araujo o Fabricio Ojeda tomaban notas. Todos ellos, y unos cuantos más, han contribuido en un alto grado al álbum de familia que es la memoria colectiva y que, como recuerdan Aquilino José Mata y Ramón Navarro, incluye también el espectáculo y el deporte. La prensa venezolana lleva más de un siglo publicando fotografías, desde que las primeras (hechas por un médico para demostrar los resultados de la extracción de un tumor) salieron en la revista *El Zulia Ilustrado*, en 1898.

Durante las décadas siguientes, el arribo de las novedades tecnológicas impulsaría el trabajo de más fotógrafos y de más editores, pero este ímpetu debió enfrentarse siempre a las presiones del poder sobre los medios impresos. Un fotoperiodismo venezolano capaz de actuar con independencia de los grandes poderes e incluso con capacidad de crítica hacia ellos aparecerá con los primeros ensayos democráticos: Luis Noguera, Juan Avilán y Anibal Rivero publicaron en *El Herald*o, *La República* y *El Universal* unas cuantas imágenes de las protestas que hubo en Caracas en febrero de 1936, durante el joven gobierno de Eleazar López Contreras. Que ocurriera en ese momento y no antes se debe a que había sido apenas en el diciembre anterior, el de 1935, en que había muerto el dictador Juan Vicente Gómez, pero no deja de ser interesante que haya coincidido con un período revolucionario en el fotoperiodismo de todo el mundo.

Los años treinta, en efecto, fueron abundantes en hitos de la historia de la fotografía, por la tecnología que apareció entonces y por los eventos que gracias a esa tecnología pudieron ser registrados por los fotógrafos. No es que el fotoperiodismo haya nacido en esos años –abundan los ejemplos de sus logros anteriores, como las fotos de los destrozos y cadáveres de la Comuna de París de 1871– pero sí adquirió en aquel momento su forma

actual y, sobre todo, su velocidad. Durante los años de la República de Weimar, que acabó con el ascenso de Adolf Hitler al poder en 1933, Erich Salomon había inventado en Alemania lo que se conoce como *candid camera*: el poder valerse de un equipo ligero para hacer fotografías a las personas sin que estas se dieran cuenta. La naturalidad sin poses iniciaba con él su portentosa carrera en el arte de la imagen. Salomon pudo emprender ese camino gracias a la llegada al mercado de la cámara Leica y su película de 35 milímetros, que desde 1925 en adelante habría de ser rediseñada varias veces para hacerse más versátil, liviana y, en especial, portátil. Las Leica y sus equivalentes en otras fábricas hicieron que el fotoperiodismo fuera posible, así de simple. Fue con una de ellas que Henri Cartier-Bresson desarrolló en su obra su tesis del «momento decisivo» y que Robert Capa, quien pensaba que si una foto no era suficientemente buena era porque su autor no se había acercado lo suficiente, hizo en 1936 su foto más célebre, la del miliciano republicano que cae muerto durante la Guerra Civil Española. En esa misma década, Dorothea Lange y Walker Evans documentaron los esfuerzos del gobierno de Franklin Delano Roosevelt por aliviar los sufrimientos de la población estadounidense en la Gran Depresión.

La muestra de fotografías de este libro comienza poco después, con el derrocamiento de Isaías Medina Angarita en octubre de 1945. Los avances de los años treinta iban a filtrarse en la fotografía venezolana con cierta rapidez: mientras emergía una fotografía artística que acompañaría a las vanguardias artísticas y arquitectónicas en los años cincuenta, se extendía también una que iría retratando –con entusiasmo o con preocupación, con ingenuidad o con ironía– el país que durante las décadas siguientes se convertiría en una nación urbana, lucharía en torno a distintas ideas de gobierno y recibiría los respectivos impactos de la igualdad sexual, la vida rápida, el ingreso petrolero y la violencia urbana. Francisco Edmundo «Gordo» Pérez se plantó con todo su peso ante las calles que hervían en los duros tiempos de la instalación democrática.

Más tarde, Paolo Gasparini, así como varios de los autores de El Grupo, se apresuró a fotografiar la vertiginosa transformación del paisaje cotidiano. En los años ochenta, *El Diario de Caracas* escogía cada día una imagen poderosa para protagonizar su primera plana. Antolín Sánchez, Nelson Garrido o Alexander Apóstol acumulaban portafolios artísticos personales sin dejar de hacer fotoperiodismo sobre la diversidad humana de las ciudades y los pueblos. Vinieron la crisis económica, la

transformación de las empresas periodísticas, la escasez de fuentes de trabajo, y los fotoperiodistas que no trabajaban en medios o en agencias de noticias tuvieron que aprender a ser *freelancers* o a unirse en colectivos. La cámara digital hizo explotar las ya ricas posibilidades de expresión de su oficio y el país se encontró expuesto a muchas miradas diferentes. Jóvenes fotoperiodistas que también son arquitectos, como el retratista Efrén Hernández, o que también escriben, como Gabriel Osorio, quien luego de que se asentaron los humos de abril de 2002 publicó en la revista *Primicia* una crónica de la foto que hizo de un joven muerto a tiros, al mediodía del día 11 de aquel mes traumático: pequeñas flores amarillas flotaban, anotó, sobre el rastro de sangre que se extendía junto a su cuerpo, al lado de la estación del Metro de El Silencio.

Pablo Antillano dice en su artículo que el periodismo siempre ha sabido que necesita a la imagen, y es verdad: los que escriben reconocen el poder de la fotografía para decir lo que no alcanzan a expresar las palabras y para adentrarse, para siempre, en el corazón de la gente. Aquel lugar común de que una buena imagen vale más que mil palabras conserva su buena salud: este libro no será el que lo desmienta.

Pero una buena foto no llega muy lejos si no hay quien la publique; de ahí la importancia de ese cargo tan escaso en las redacciones que es el editor gráfico (un oficio poco conocido por el público que está tras la grandeza de publicaciones como *Life* o *National Geographic Magazine*). Tampoco sin alguien que, pasado su momento de estreno, la archive, la rescate, la devuelva a la luz. En Venezuela, pocos pueden ejercer tan bien esas tres tareas como Vasco Szinetar, él mismo uno de nuestros grandes retratistas, dueño de un estilo reconocible y asentado hace décadas, pero también de un ojo experto que encuentra tesoros y los reúne ante nosotros. Este libro es una conjunción de los talentos de muchos fotógrafos, de los de quienes escriben los entrañables textos que acompañan la galería de imágenes y, en un

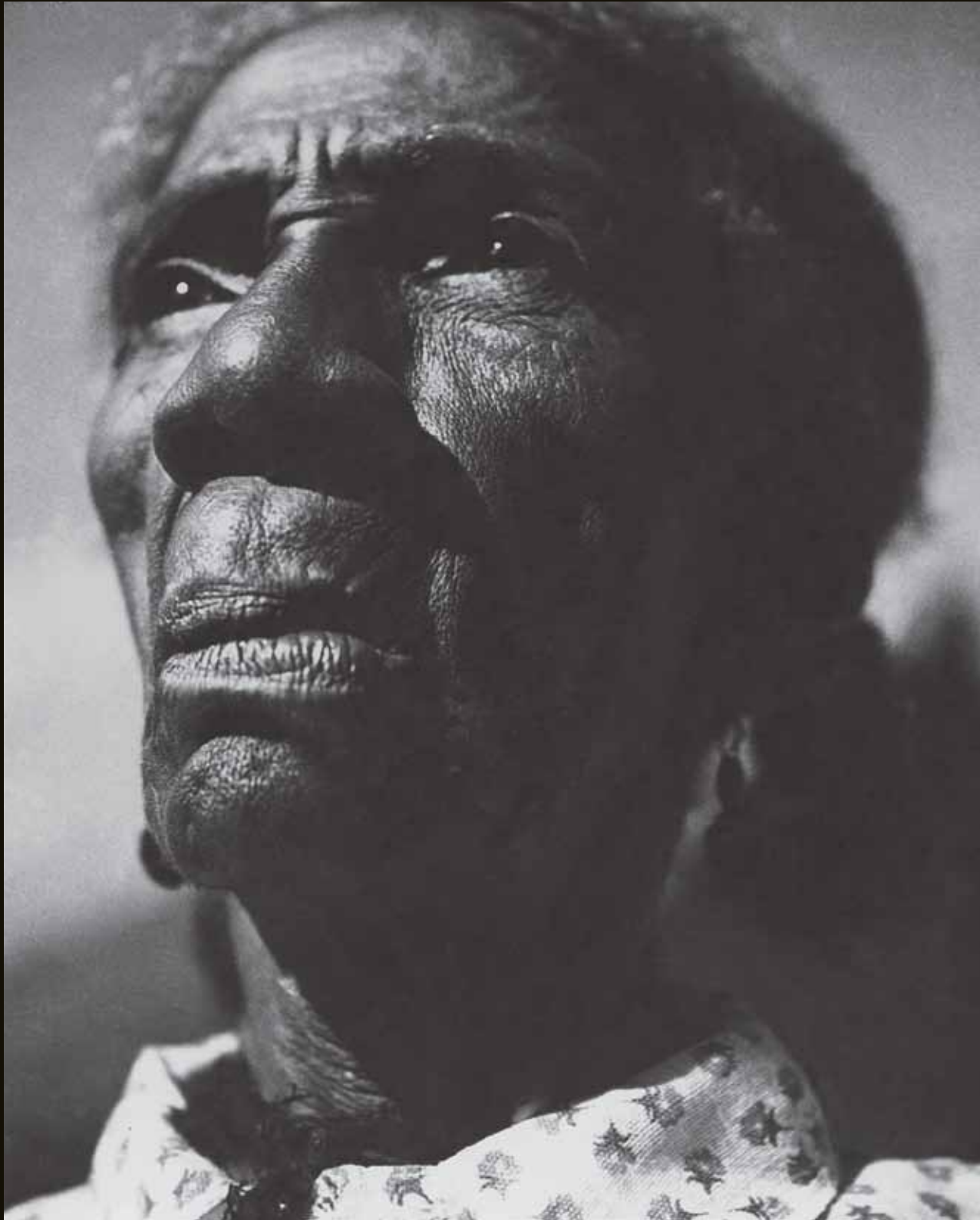
lugar muy especial, del que Vasco Szinetar tiene como curador de fotografía. Sensible a la diversidad del patrimonio fotográfico, sabe además cómo encontrar lo que no está a la mano y cómo ponerlo en su justo lugar. Sin su mirada erudita, entrenada tanto dentro de la mirilla de su cámara como sobre la mesa de luz, no sería posible el viaje que comienza al voltear esta página. Un viaje por la historia reciente de un país y por su complejidad. Un viaje por la vida y la muerte, por el caos y la belleza, que esperemos sea digno de sus lectores y de los ejecutantes de ese gran oficio, a quienes tal vez no damos las gracias con la frecuencia con que lo merecen: los fotoperiodistas.

Rafael Osío Cabrices **Periodista**



Abelardo Raidi, de pie al centro, y otros comunicadores rodean a José Sardá, en un raro y divertido momento en que posa ante la cámara en lugar de estar tras ella.

• *sfi*, *El Nacional*



A mediados del siglo XX, las tradiciones populares dejan de ser un interés exclusivo de los antropólogos y folkloristas. El dilema rural/urbano será un tema recurrente en la fotografía venezolana.

Clodovaldo Hernández

Sonrisas borradas

A menudo, en medio de una ya impostergable operación de limpieza casera, vemos una escena familiar de hace diez, veinte o treinta años. Y entonces –invariablemente– nos reímos. ¿Por qué? Casi siempre es por cuestiones banales como un peinado estrambótico; el estilo de las ropas de esos tiempos idos; o el desproporcionado mal gusto de un carro enorme con aletas cromadas. Miramos a esas personas que fuimos y nos ponemos calificativos derivados de la década: «¡Mírate, qué ochentoso!» o «¡Aquí está la abuela, toda años sesenta ella!». Con aires de superioridad nos preguntamos cómo alguien podía ser tan ridículo como para llevar el cabello de esa forma o usar pantalón acampanado y camisa de bacterias. Risas y más risas.

Cuando nos topamos con fotografías ya no propias, sino de esas que brillaron en las primeras planas de los diarios, también hay una tendencia inicial a sonreír. Es una sonrisa que nace del automatismo de evocar un país que, al menos en nuestro imaginario, era más inocente, más amable, más correcto, más todo-lo-bueno, menos todo-lo-malo. Sin embargo, como el periodismo ha sido siempre, es y será cruelmente real, las sonrisas que provocan las fotos de la prensa duran apenas fracciones de segundo. Luego de esa primera reacción instintiva, por lo general, nos asaltan sentimientos encontrados. A veces adquieren la forma de la indignación: «¡Mira a este sinvergüenza en sus buenos tiempos ahora, si es que hay justicia divina, debe estar asándose en la quinta paila!». Otras veces, todo recalca en tristeza pura: «Le pedimos tanto a Dios, pero igual apareció muerto». En otras ocasiones, la sonrisa deriva en áspero sarcasmo: «Estos eran los tiempos en los que Fulano todavía defendía ideas ahora solo defiende intereses». Y en otras oportunidades, se trata meramente de acariciar una imposibilidad manifiesta: rebobinar la vida y cambiarla. «Si tan solo hubiésemos sido valientes.»

• Francisco Edmundo «Gordo» Pérez. Archivo privado.

El derrocamiento de Isaías Medina Angarita dejará el apacible centro de Caracas marcado por las horas de violencia. En la doble página siguiente: la multitud que se congrega cuando comienza la remodelación de El Silencio, acompañará luego al sucesor de López Contreras en su toma de posesión y, en 1945, presenciará su derrocamiento.

Tras provocar breve sonrisas, las fotos periodísticas desatan su poder destructor de mitos. Por ejemplo, el de que nuestro pasado fue un jardín de rosas hasta que nos topamos con una infausta calamidad personificada. Miles han contemporizado con ese mito y por ello juran que en tiempos anteriores a nuestra exacerbada actualidad, acá nunca pasaba nada y todos éramos felices, hasta el punto de discutir únicamente sobre temas tan inofensivos como cuál era mejor: Caracas o Magallanes, la Billo o Los Melódicos, Radio Rochela o el Show de Joselo.

Un simple vistazo a esos documentos históricos y barrida queda tal creencia. Revisar una selección de imágenes de la prensa nos demuestra que la violencia y los enconos han sido protagonistas recurrentes. Alzamientos militares (en blanco y negro o a todo color; exitosos o fallidos), magnicidios (e intentos de), dictaduras (propiamente dichas o disfrazadas de democracia ejemplar latinoamericana), protestas reprimidas a la medida de cada época (plan de machete de raigambre gomecista o toque de queda y plomo parejo neoliberal) En fin, las añejas fotos prueban que buena parte de nuestra historia contemporánea tiene olor a pólvora, color de sangre, vértigo de inestabilidad perpetua. Millones de palabras comprimidas en esas imágenes nos enseñan la cruenta ruta que hemos recorrido hasta llegar al lugar donde hoy estamos. El mosaico de momentos congelados nos pone ante la receta del caldo de opulencias y miserias en el que el país se ha cocido. Tal vez sea por eso que, aunque también en esas fotos célebres haya peinados estrambóticos, modas idas y carros con aletas, más temprano que tarde se nos borra la sonrisa.





• Juan Martínez Pozueta, *Biblioteca Nacional*



• Jaime Albáñez, *Biblioteca Nacional*



• s/f, *Biblioteca Nacional*



En los combates del 18 de octubre de 1945 participan unos cuantos civiles mal armados, que apoyan a las tropas alzadas.

• Dolande, Biblioteca Nacional



• Dolande, Biblioteca Nacional



A la izquierda: la temblorosa alianza del Trienio: bajo el boato oficial, crecía la desconfianza entre los civiles y los militares que suplantaron a Medina Angarita.
Arriba: Rómulo Gallegos y la Primera Dama se desplazan en el carro presidencial.

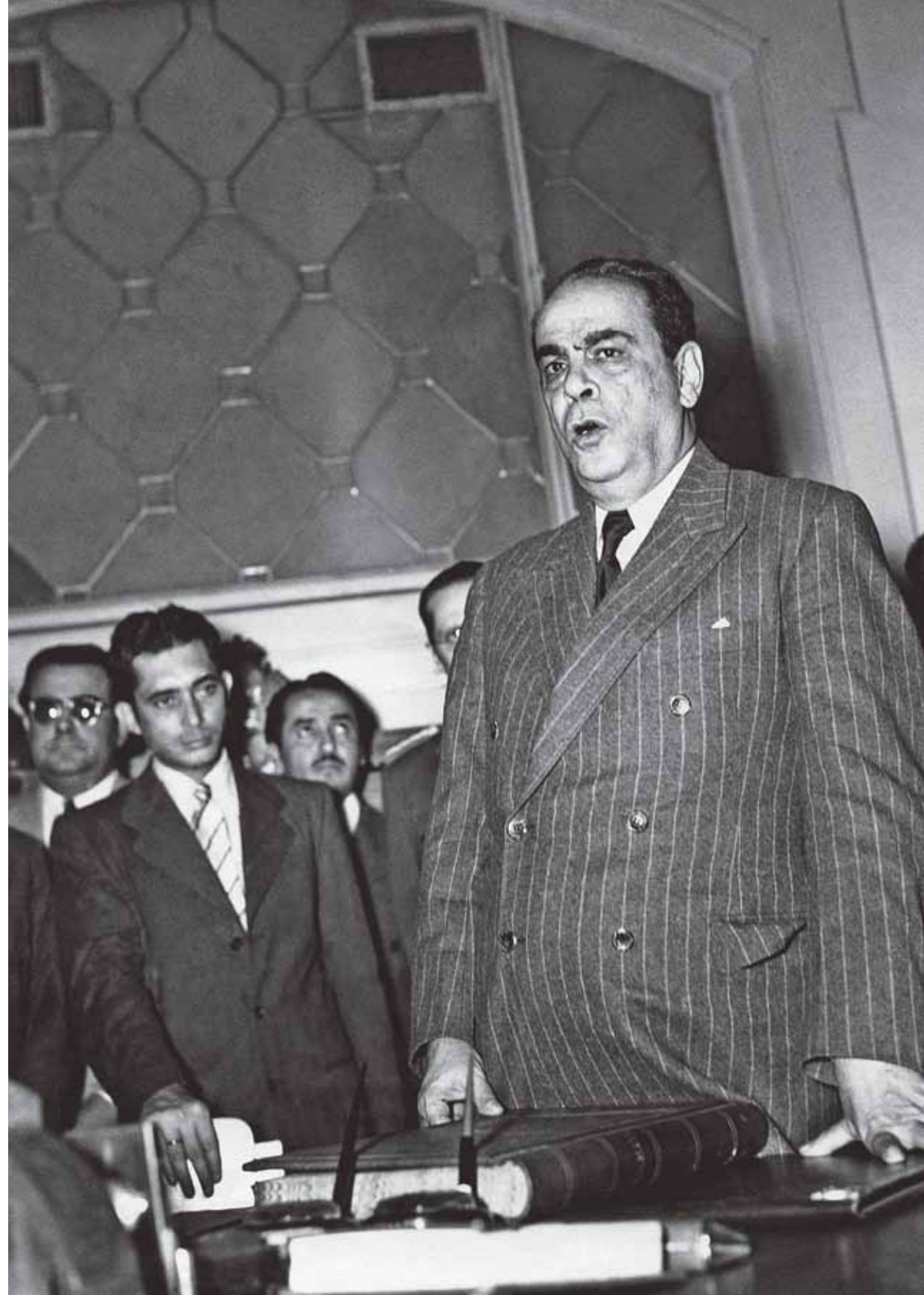
• Juan Martínez Pozueta, Biblioteca Nacional



• González, Biblioteca Nacional

Arriba: Rómulo Betancourt espera noticias sobre la salud de Carlos Delgado Chalbaud, que ha tenido un accidente de equitación.
A la derecha: Gallegos, el primer presidente electo por voto directo.

• Juan Martínez Pozueta, Biblioteca Nacional





23 de enero de 1958: el día de rebelión que dará nombre al conjunto habitacional que la dictadura había hecho construir sobre el horizonte del oeste caraqueño.

Pablo Antillano

El poder en la imagen

Hace un tiempo, no mucho, mientras hacíamos una suplencia en la cátedra de «Sistema Político Venezolano» en la UCV, descubrimos que más o menos dos tercios del grupo de estudiantes confesaba severos problemas de comprensión y de interés. Y buscando un antídoto nos topamos con una insospechada revelación: ninguno de ellos había visto nunca una imagen de Medina Angarita y no podían imaginar que la oscura leyenda del gomecismo hubiese dado paso a escenas glamorosas de festejos y paltó levitas.

El primer contacto de estos jóvenes, nacidos en los noventa, con el rostro de Wolfgang Larrazábal o de Jóvito Villalba, de Luis Beltrán Prieto, Delgado Chalbaud o Fernández Heres se produjo esos días en las páginas de una edición amarillenta de Venezuela ante un espejo, un libro en el que, en 1981, *El Nacional* recogió una amplia muestra de las fotos de sus magníficos reporteros gráficos. No dejaba de ser conmovedor presenciar cómo aquellos futuros politólogos, hijos de la era posfotográfica, la era digital del Photoshop y el electrobricolage, parecían amansados por el descubrimiento de aquella narrativa de raigambre incontestable que fluía entre una foto y otra, entre un episodio y otro, entre un rostro y otro.

La esencia del famoso Pacto de Punto Fijo, lo que Juan Carlos Rey definiría como de conciliación de las élites, vino a iluminarse en la comprensión de los estudiantes mediante una gloriosa instantánea del fotógrafo Ramón García en la que Jaime Lusinchi y Octavio Lepage visitan a Luis Herrera Campins en su lecho de enfermo después de haber recibido un cabillazo en medio de la frente. Hablan las corbatas constructivistas y las medias blancas, la mesa de noche coronada por restos de comida y vasos a medio vaciar, un cuadro escondido detrás del modesto copete de la cama, y una imagen mutilada de Jesús crucificado en un retablillo que cuelga en una pared empa-

Los fotoperiodistas registraron lo que la historia oficial no siempre menciona: los linchamientos de los hombres del régimen caído.

pelada con diseños florales. Un invaluable documento de época que vino a darle color y sentido al caparazón sistémico, metodológicamente vacío, de David Eston.

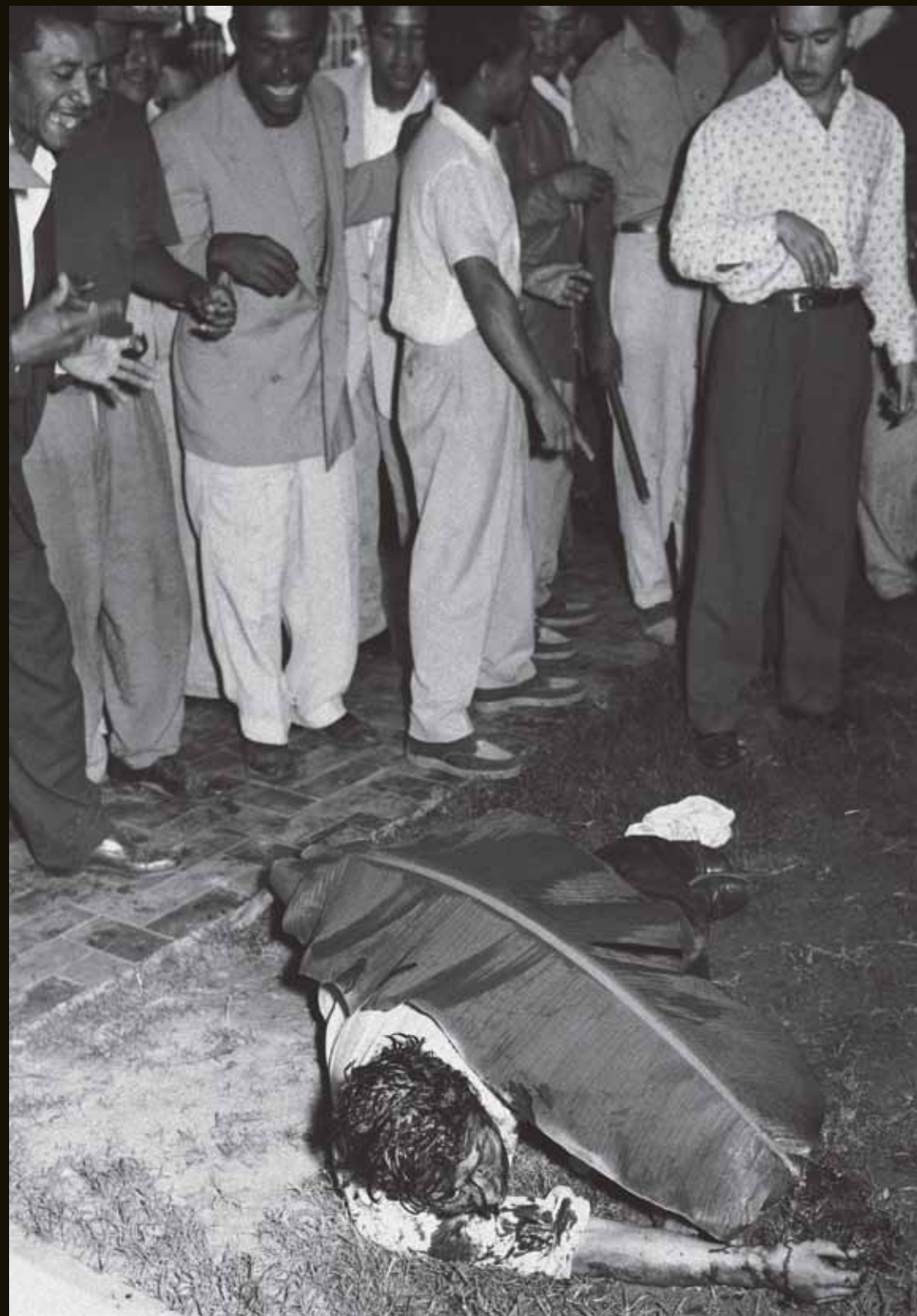
Confirmamos entonces lo que desde siempre supo el periodismo: las palabras no suelen ser suficientes. Los significados verbales tienden a ser inestables e indeterminados cuando carecen de apoyos que sobrepasen las construcciones autorreferenciales y los enunciados simbólicos. La foto en el periodismo vino a despejar ambigüedades e incertidumbres, vino a reforzar la credibilidad y la verdad de los hechos. Incluso cuando algunos la juzgan de una manera y otros de otra.

El valor del fotoperiodismo en política no es solo histórico o documental. En el fragor de lo noticioso puede tener consecuencias decisivas para el cambio: sea para estigmatizar un liderazgo, descarrilar una fechoría o para detener una guerra. Pero en el tiempo medio y largo, el periodismo gráfico construye, a veces dramáticamente, una suerte de perfil antropológico de la clase política, o militar, así como del votante y del pedigüño. Este libro es en ese sentido un prodigio porque la recopilación de Vasco Szinetar identifica claramente una línea narrativa muy periodística pero también exhibe la convergencia en una imagen que, de tan propia, no podría ser confundida con la de ningún otro país ni siquiera en sus marchas, sus víctimas y sus protagonismos.

Los jóvenes de hoy, enchufados al Blackberry y a la computadora, viven un mundo desafortadamente visual. Su ojo reeducado convive con imágenes trucadas en un ambiente donde no es fácil discernir entre realidad y ficción. Sin embargo, parecen convivir con una incesante necesidad de certidumbres, y hemos presenciado cómo la foto periodística, esa que nació con la industrialización y el positivismo para otorgarle realidad a las cosas y a los hechos, sigue brindándoles momentos de verdad. Hasta el punto de que sus teléfonos móviles están llenos de episodios estelares de sus historias particulares.

La realidad, y mucho menos la verdad, son valores muy apreciados en la posmodernidad. Sin embargo, una porción de la ciencia sigue aferrada a los datos verificables y el sistema legal lo da todo por las evidencias. De la misma manera, mientras sobrevivan unos protagonistas del periodismo interesados en ser creíbles, las imágenes de los reporteros gráficos mantendrán un área de hegemonía sobre el Photoshop y, especialmente, sobre la duda.

• Jorge Humberto Cárdenas, *El Nacional*





• • Fotos: Francisco Edmundo «Gordo» Pérez, *El Nacional*



No es una foto de sucesos cualquiera:
el que ha muerto dentro de ese carro
es uno de los asesinos del presidente
de la Junta, Carlos Delgado Chalbaud.



• sfi, *El Nacional*

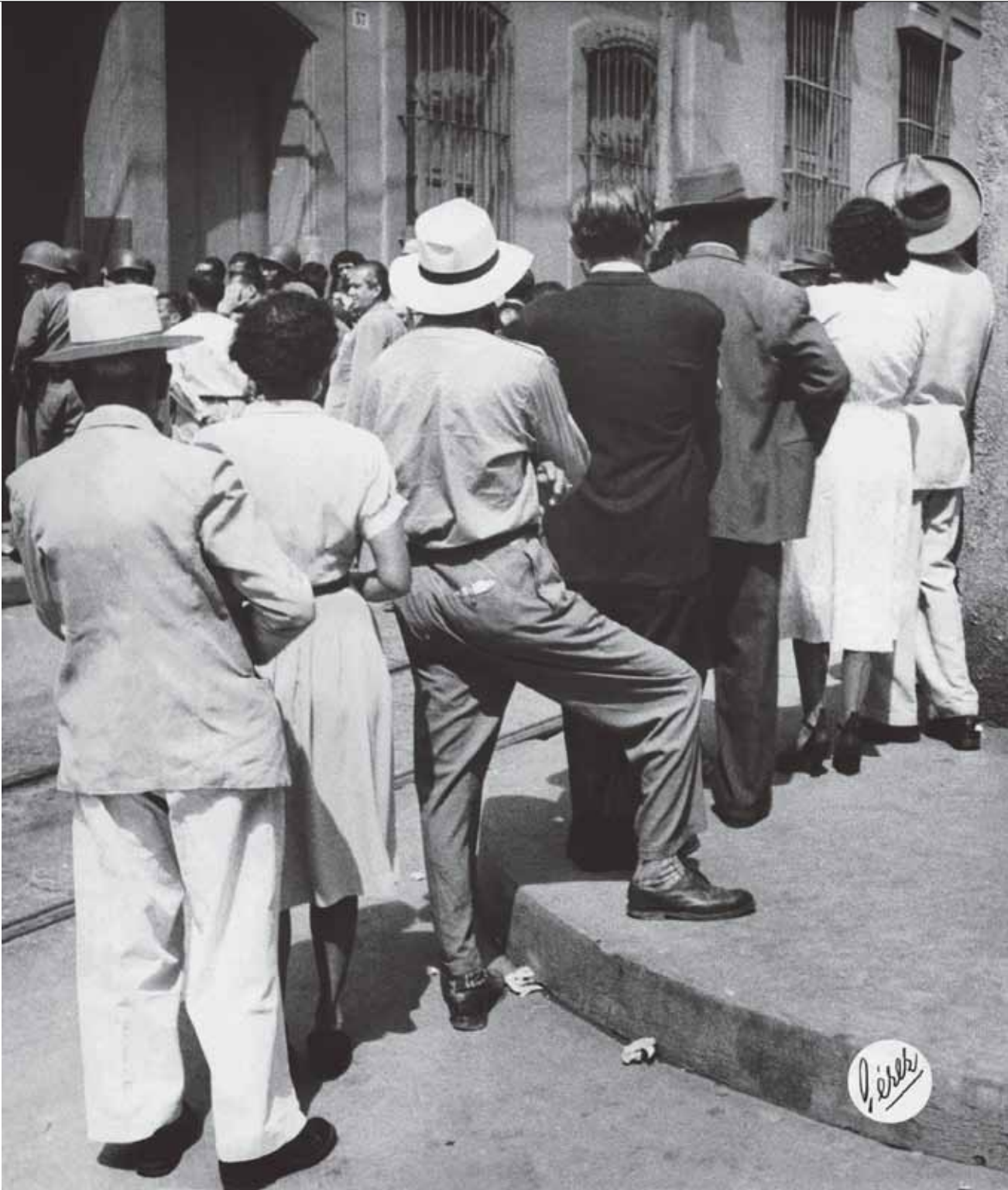


• sfi, *Biblioteca Nacional*

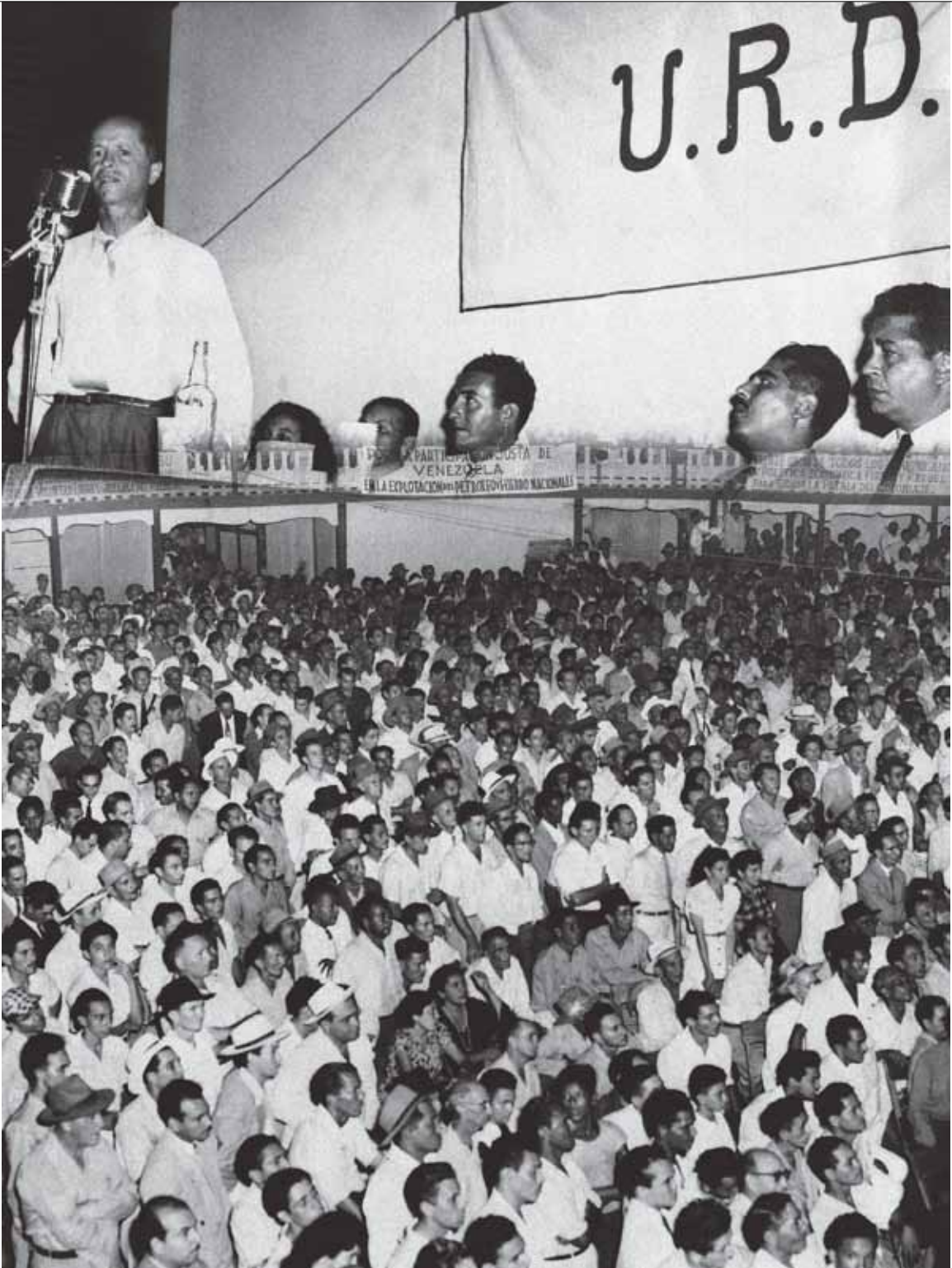
Los circunspectos rostros del entierro y, de inmediato, las expresiones satisfechas del poder: Marcos Pérez Jiménez, Germán Suárez Flamerich y Luis Llovera Páez.

En las dos páginas siguientes: los votantes de una elección robada, la de 1952, y una composición que reflejaba el ambiente de un mitin de Jóvito Villalba en Maracaibo durante aquella campaña fallida.

• sfi, *Cadena Capriles*



• A la izquierda: Francisco Edmundo «Gordo» Pérez, *El Nacional* • s/f, *El Nacional*





• A la izquierda: sji, Biblioteca Nacional • sji, El Nacional

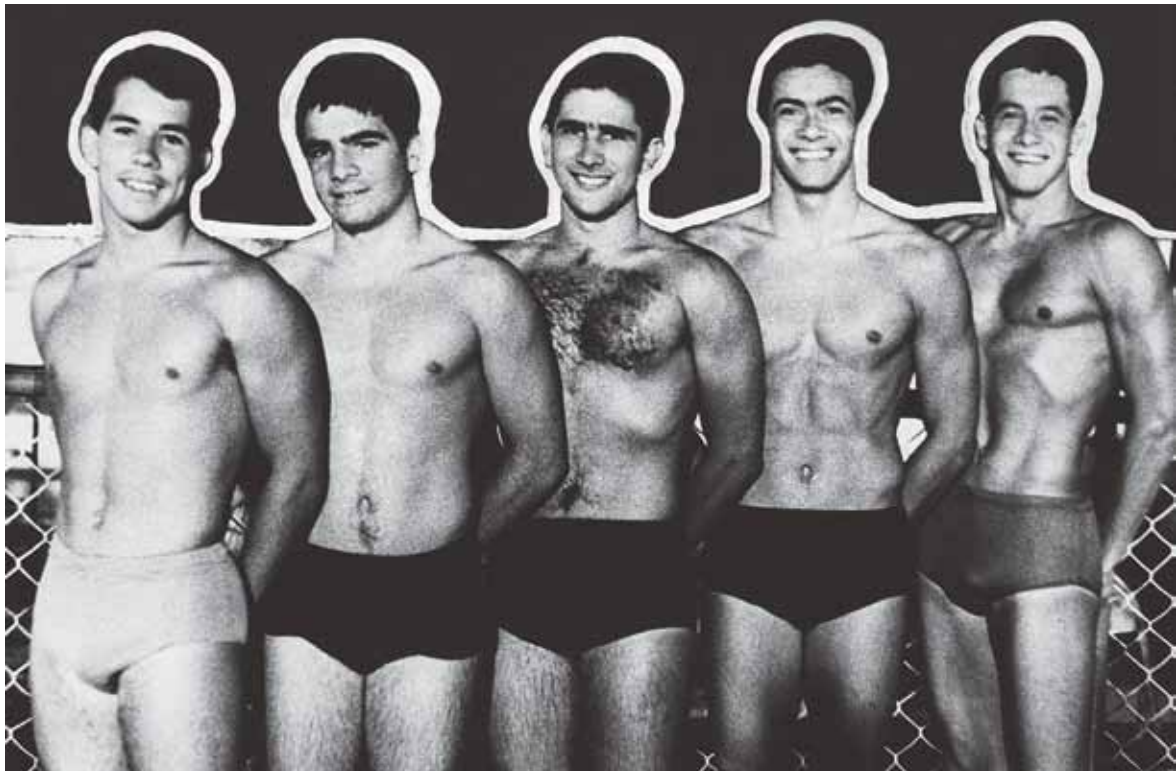




En las dos páginas anteriores: dos estampas del perrezjimenismo, la Semana de la Patria y la primera dama, Flor Chalbaud de Pérez.

A la izquierda y arriba: en fotos de Jaime Albáñez, el país que intentaba divertirse con la primera televisora, Televisa, y las estrellas de los días de oro de la radio.

• • • Fotos: **Jaime Albáñez**, Biblioteca Nacional



• José Sardá, *El Nacional*

La fotografía proporcionaba a través de la prensa los rostros de los ídolos: los del deporte, como Teo Capriles y sus contemporáneos, y los de la belleza, como la Miss Mundo del pueblo, Susana Duijm.



• *sjf*, Archivo de Maribel Espinoza



• Francisco Edmundo «Gordo» Pérez, *El Nacional*



• sí, *El Nacional*

Finalmente, la paz armada estalló en enero del 58: violencia en las calles, discursos de la izquierda, discursos de la derecha.

• Jorge Humberto Cárdenas, *El Nacional*





Doble página anterior: Los alzados del 23 de enero liberan al coronel Hugo Trejo, que el primer día de ese mes había intentado adelantar la revuelta.

• Colección Oficina Central de Información, Biblioteca Nacional



Durante 1958 y 1959 no parece estar claro el rumbo político del nuevo país. Fidel Castro, que acaba de ganar su revolución, intenta una alianza con Venezuela y abraza a su ministro del Interior. Su hermano Raúl vino a Caracas con su esposa Vilma Espín y Jesús Lossada Rondón recogió sus palabras.

• Luis Cisneros, *El Nacional*



• s/i, *El Nacional*

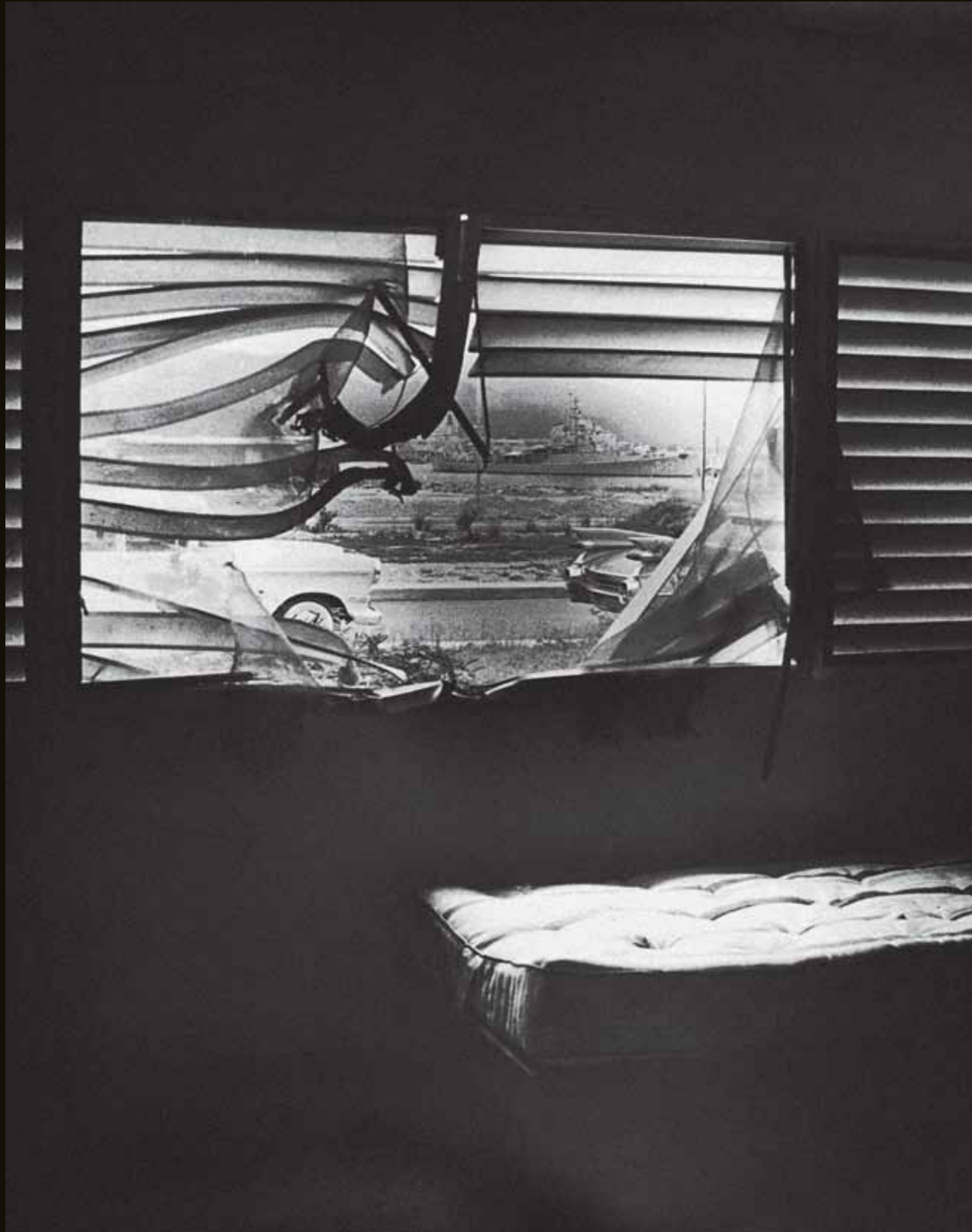


• Jorge Humberto Cárdenas, *El Nacional*



• Francisco Edmundo «Gordo» Pérez, *El Nacional*

Con el fin de la dictadura llegan más libertad e invitados de lujo: Miguel Otero Silva invita a Bola de Nieve (arriba, segundo de izquierda a derecha) y a Pablo Neruda (abajo, al centro); Louis Armstrong hará hablar a su trompeta en Caracas.



Una década que empieza mal: los barcos de guerra hicieron retumbar sus cañones durante El Portañazo.

Enrique Rondón Nieto

Los milagros de San Luigi de Leica

Luigi Scotto fue uno de los dieciséis mil inmigrantes que llegaron a Venezuela al finalizar la Segunda Guerra Mundial. Solo tenía un objeto de valor: una cámara fotográfica marca Leica.

Con ese tesoro ingresó a *Últimas Noticias*. En aquellos momentos, periodista era todo aquel que tuviera olfato para el suceso y no se preocupara por horario. La necesidad agudizó esas cualidades en Scotto.

Ya era leyenda cuando lo conocí en la década de los ochenta en *El Diario de Caracas*. Tomás Eloy Martínez y Rodolfo Terragno –creadores del periódico– reconocían en él a un gran retratista y uno de los ganchos que buscaba el naciente tabloide era destacar las fotos en la primera página.

Ese era un gran incentivo para Luigi, quien tenía mucho de poeta, músico y loco. Con él no había diferencia de edad al momento de festejar una gran foto.

Una de esas celebraciones fue por una foto que le hizo al entonces presidente Luis Herrera Campins frente a un plato de comida, con una expresión que hacía recordar la fama de buen diente que tenía el dirigente socialcristiano. Esa gráfica fue utilizada por el MAS como contrapropaganda en su campaña electoral y puso en alerta a los escoltas del mandatario, quienes lo tenían «marcado» en todos los actos oficiales.

Fue por eso que Scotto pasó un mal rato al tomarle una foto a Luis Herrera arrodillado en un confesionario. Tan pronto «disparó», dos funcionarios de seguridad lo agarraron de lado y lado, lo levantaron como un muñeco y lo sacaron de escena. Scotto estaba fúrico pero no dejaba de burlarse de la situación: «Parecía un santo en procesión... era San Luigi de la Leica».

Una sociedad cansada de los conflictos del poder se refugia en el espectáculo, en especial en la historia de amor de sus ídolos, Lila Morillo y José Luis Rodríguez.

Una noche estaban varios periodistas compartiendo unas cervezas en la terraza de un restaurante en San Bernardino cuando pasó una carreta tirada por un caballo nada brioso y algo flaco. Era una carreta techada en la que, por dos bolívares, los niños de la zona podían pasear y soñar durante una hora. Luigi se quedó mirando el paso lento del caballito que iba con la cabeza gacha, como pensativo. De pronto se levantó del asiento, llamó al carretero, hablaron y Luigi regresó muerto de la risa al restaurante, seguido del caballo. —Es un regalo para mi hija Yara. Agarró el paltó y su maletín con la inseparable Leica y se fue seguido por el caballo. Todos esperaban el día para saber qué había pasado con Luigi y su caballo. Era la persona más esperada en la redacción. —Mi mujer casi me bota del apartamento. El caballo se montó fácil en el ascensor pero cuando llegó al apartamento aquello fue un escándalo. Los vecinos de abajo y de los lados tocaron la puerta y no podían creer lo que veían. El caballo relinchando y mi hija que no cabía de felicidad. O devolvía el caballo o me iba de la casa. Asegura Luigi que el caballo no quería subir al ascensor. Fue necesario llamar a los bomberos. El caballo volvió a tirar de la carreta, Yara se quedó con el sueño de tener un caballo en el apartamento y Luigi siguió pateando calle buscando rostros y momentos. En lo personal he tenido la dicha de trabajar —si es que el periodismo se puede considera trabajo— con muchos de los autores de las fotos que conforman esta obra. De todos —y de algunos que no están— aprendí que los fotoperiodistas —término nuevo— piensan en imágenes y los redactores pensamos en palabras y en silencios. Se cae de la mata el reportero que, cubriendo una noticia, pretenda indicarle posibles tomas o ángulos al fotoperiodista. En todo caso, puede verificar si vieron lo mismo. En el caso de Luigi, la Leica era su ojo. Un ojo que captaba expresiones que decían mucho más de lo que cualquier mortal percibía. Eran los milagros de San Luigi de Leica.



Junio de 1960: un atentado encargado por el dictador dominicano Rafael Leonidas Trujillo casi acaba con la vida del presidente Rómulo Betancourt y, tal vez, con la joven democracia venezolana. Justo Molina lo retrató con sus manos quemadas y dejó un relato visual de los estragos del bombazo.

• • Fotos: *s/i*, Oficina Central de Información, *Biblioteca Nacional*





Dos años después, la izquierda
movilizará a sus infiltrados en las
fuerzas armadas para desencadenar
dos alzamientos en Carúpano y
Puerto Cabello.

• • Fotos: **Luigi Scotto**, *Cadena Capriles*





El intento de golpe de Estado conocido como El Porteñazo llenó Puerto Cabello de unos cuatrocientos muertos. Luigi Scotto se las arregló para no ser uno de ellos y legarnos estas imágenes.



• • Fotos: Luigi Scotto, Cadena Capriles

Elizabeth Fuentes

Un tipazo, Héctor Rondón



• Luigi Scotto, Cadena Capriles

La muerte según Scotto.

Me encantaba salir de pauta con Héctor Rondón. Y no porque anduviera con el ganador del Premio Pulitzer o su legendaria foto fuese materia obligada de la cátedra de periodismo de la Universidad Central, donde yo estudiaba entonces, sino porque Héctor Rondón era lo que se dice un pana, un mamador de gallo insigne, un llanerazo de esos a quienes se les ocurre un chiste cada tres por dos. Era la época cuando las escuelas de Comunicación obligaban a las empresas editoras a absorber estudiantes para que realizaran una pasantía por la vida real de las redacciones y algunos de esos estudiantes, como yo, le teníamos pánico a aquellos jefes malhumorados que nos rompían las cuartillas en la cara y les importaba un bledo el llantén posterior de aquella cuerda de muchachitas que mariposeábamos entre los escritorios sin nada útil que hacer. En consecuencia, la «buenagentez» de Rondón era territorio amigo y andar a su lado, un aprendizaje del oficio que se ejecutaba sin siquiera darse ni cuenta.

«Vámonos, chiquitica» (por supuesto, me canchó un sobrenombre apenas nos conocimos) y yo salía segura de que íbamos a cubrir los sopotocientos temas que semanalmente nos asignaba el director de la revista *Élite*, entre otras razones porque todo el mundo lo conocía y seguro nos darían la entrevista o la información encomendada porque Héctor Rondón era el fotógrafo, así de simple. Funcionaba, sin saberlo, como una visa para aprendices, y si algún funcionario se negaba a la pesquisa, pues se fajaba como los buenos hasta que nos daban luz verde.

En ese territorio liberado que eran entonces las redacciones de los diarios, donde se confundía el humo de los cigarros con los gritos de los reporteros contándose cualquier cosa de escritorio a escritorio, más el *soundtrack* del incesante sonido de las máquinas y el olor de los químicos de revelar que se adosaba a la piel de los fotógrafos (porque

La muerte según Rondón.
Esta es la foto legendaria
que lo hizo merecedor del
Premio Pulitzer.

los buenos fotógrafos se fajaban a cuidar su trabajo desde el clic hasta que ponían a secar la foto con ganchito y todo), en ese planeta irrepetible, Héctor Rondón era un habitante natural, un nativo, un imprescindible de las discusiones diarias, de los chistes entre compañeros, uno más que contaba sus anécdotas de reportero gráfico básicamente para reírse. Jamás sacaba a colación el santo día en que logró tomar la mejor foto del año 1962, esa donde el capellán Luis María Padilla intentaba salvar la vida del subteniente Luis Antonio Rivera durante el alzamiento de Puerto Cabello, a menos que los pasantes nos fajáramos a preguntarle sobre su hazaña. Y ni aun así se las daba de superhéroe narrando el trabajo hereje que tuvo que pasar escondido entre los más de cuatrocientos cadáveres que dejó la batalla, sin nada que comer durante los tres días que duró el alzamiento, hasta que finalmente logró llegar a Caracas, Leica en mano, para contar en imágenes la sangrienta intentona golpista protagonizada por un grupo de militares de izquierda aliados con el entonces poderoso Partido Comunista de Venezuela.

Guardo pocas cosas de mi hacer en este oficio. Pero de las pocas que atesoro, es la foto que nos hiciera Héctor Rondón en el Gran Café de Sabana Grande la mañana que entrevisté a García Márquez, quien andaba semiclandestino en Caracas y gracias a un pitazo de Pompeyo Márquez lo cazamos aquel día. Y a pesar de que ya había hecho su trabajo, se presentó puntual a la cita posterior que me hiciera el Gabo para terminar la entrevista (a las 8 de la noche en el hotel donde se alojaba), porque llanero como era, le sonó raro el asunto y no me abandonó hasta que me dejó sana y salva a las puertas de mi casa.

Lo querré siempre. Y estoy segura de que siempre lo supo.

• Héctor Rondón, Cadena Capriles



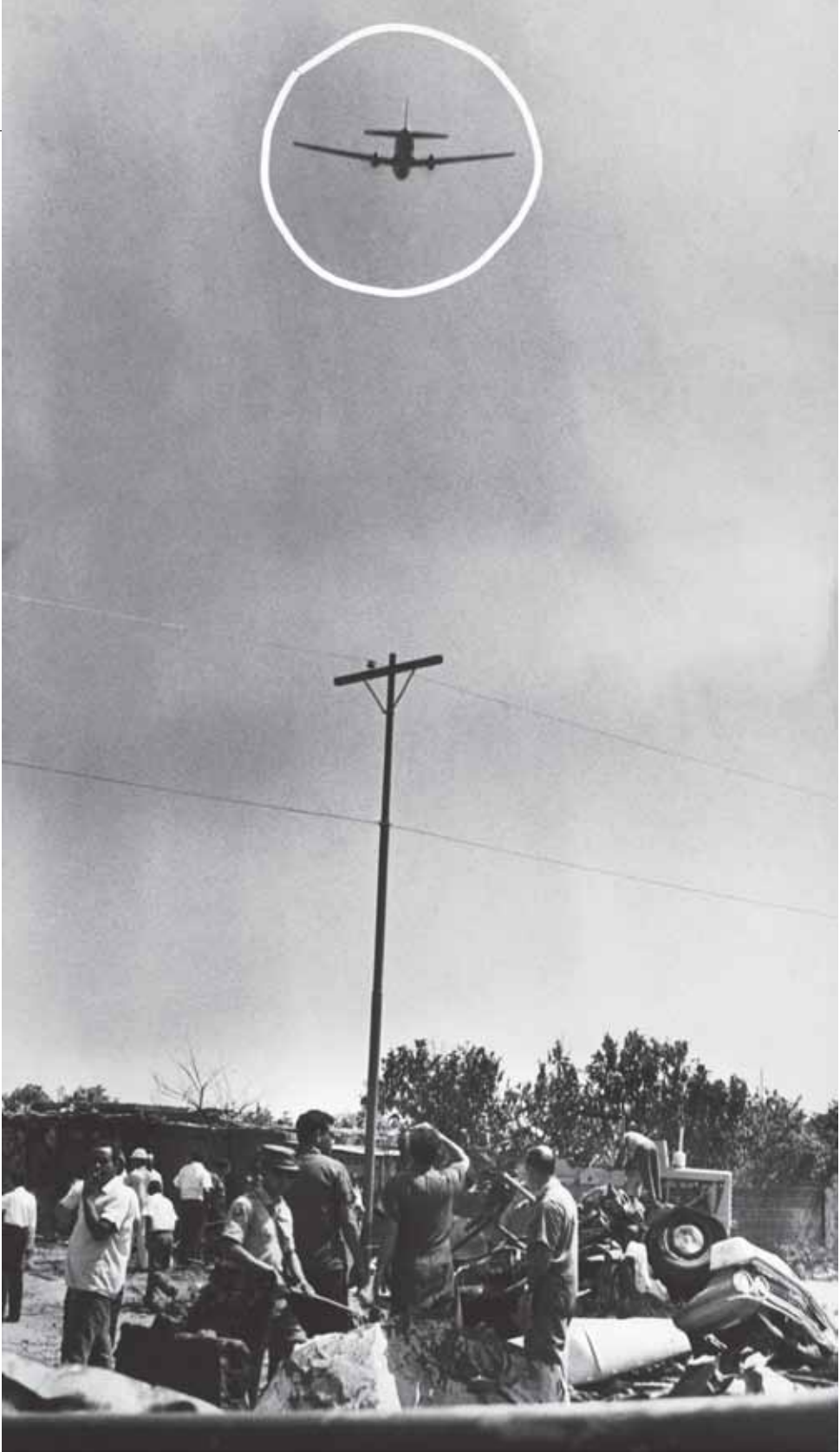


Doble página anterior:
el tren de El Encanto, más famoso hoy en día por un oscuro episodio de violencia que sirvió para acentuar la persecución de la izquierda en armas.
• Foto: *sfi*, *El Nacional*



Abajo: Jovito Villalba recorre el país intentando ser algo más que la tercera opción.
A la derecha: una foto de la cobertura a un accidente que involucró un avión de Viasa: la nave encerrada en el círculo no fue la que se estrelló.

• A la izquierda: Jorge Humberto Cárdenas, *El Nacional* • *sfi*, *Panorama*





• A la izquierda abajo: Francisco Edmundo «Gordo» Pérez, *El Nacional* • Arriba: Ramón Villa, *El Nacional* • Jorge Humberto Cárdenas, *El Nacional*





• José Sardá, *El Nacional*

Páginas anteriores: la violencia tardaría en remitir; al apacible Raúl Leoni le tocaría una gestión marcada por la insurgencia comunista en las calles y el campo. El cadáver de Fabricio Ojeda, el periodista y diputado que encontró su fin en la lucha armada.

Arriba: otro de los grandes momentos de esa década: la ruptura del puente sobre el lago de Maracaibo. *A la derecha:* Arturo Uslar Pietri representa la consolidación de la vida parlamentaria. El Premio Internacional de Novela Rómulo Gallegos que el autor de *Doña Bárbara* le entregó a Mario Vargas Llosa.



• A la derecha: Jorge Humberto Cárdenas, *El Nacional* • Pedro Garrido, *El Nacional*



• sfi, El Nacional

Arriba: el vicepresidente de Estados Unidos, Humbert Humphrey, juega béisbol en el 23 de Enero.

A la derecha arriba: Eugenio Mendoza, Rodolfo Rojas, Juan Ernesto Branger y Gustavo Jaén en un evento empresarial.

Abajo: Cardenal Quintero, representante de una Iglesia muy influyente.



• Ramón Villa, El Nacional



• Francisco Edmundo «Gordos» Pérez, El Nacional

Rafael Osío Cabrices

Un «Gordo» atravesado en la historia

El interés por la tradición que había sido estimulado desde el Trienio iba a ser luego renovado en un país que había mudado sus comunidades campesinas a las grandes ciudades. El Gordo Pérez fue uno de los fotógrafos que registró esa reconciliación con lo popular.

Es curioso que una de las marcas más reconocibles de un hombre al que todos llamaban Gordo, Gordo Pérez, fuera justamente un círculo, el círculo blanco dentro del cual escribía su firma. Francisco Edmundo Pérez era un activista de la firma, de que una fotografía llevara un nombre y apellido, los de su autor. Promovió eso por años, una de sus muchas luchas gremialistas en una época en la que rara vez se valoraba el trabajo del reportero gráfico, en la que se le veía como un asistente iletrado del periodista. Para demostrar su punto, decidió un día poner una moneda de veinticinco céntimos en el papel a la hora de fijar en él la imagen. Con eso creaba un vacío redondo en el trozo de realidad que había fotografiado, una suerte de pequeño ojo de buey por el que asomaba su persona. Le restaba espacio a su propio trabajo para aprovechar la oportunidad de decir que los fotógrafos también son autores.

El Gordo Pérez, como la moneda que lo representaba, era un eterno atravesado. A medida que fue creciendo en peso físico y profesional sus desplazamientos se hicieron más complicados. Requería de una silla y de uno o más ayudantes para que él, su barriga y sus equipos, siempre los más avanzados del momento, se arrellanaran frente al mundo. Saber eso aumenta el asombro que genera la diversidad y puntería de su portafolio. ¿Cómo un hombre con esas dificultades de movimiento, como sin duda las tenía ese ser enorme de lentes negros de torturador y corbata de notario, pudo acercarse tanto a los soldados que se batían en las calles de Santo Domingo poco después de que cosieran a tiros a Rafael Leonidas Trujillo, o retratar ese carro con Juan Bimbas armados que participaban de la chapucera violencia del 18 de octubre de 1945 en Caracas? El Gordo Pérez retrató a Winston Churchill, a Franklin Delano Roosevelt. Vio de cerca la Guerra del Fútbol en Centroamérica. Se las arreglaba para estar con el dedo en



el obturador y los ojos bien abiertos, cada vez que la realidad producía esos sobresaltos mediante los cuales nuestra cultura intenta contar su historia.

Era el tipo lento y torpe al que, increíblemente, nunca herían en las películas y se salía con la suya. Era el ojo intruso, oportunista, *voyeur* e irrespetuoso al que siempre expulsan los policías de las escenas del crimen, el preguntón fastidioso al que odian los protagonistas pero profesamos eterno agradecimiento todos los que no pudimos estar allí, en el momento en que todo ocurrió. No vivió mucho, solo cincuenta y cuatro años, pero llegó a ir a Cuba, por ejemplo, casi cuarenta veces. Viajó más que la mayoría de los seres humanos. Contempló desde detrás de su cámara la sonrisa de Satchmo y los ojos cerrados de un traidor, uno de los que se llevaron a Carlos Delgado Chalbaud. Hizo radio, organizó grupos de defensa del oficio, ganó y gastó mucho dinero. Fue un maestro tanto del contenido –la oportunidad del disparo, la importancia de los personajes, la necesidad de conseguir la circunstancia más propicia, más representativa– como de la forma –la composición en diagonal, como varios paisajes arquitectónicos o la maravillosa imagen de Caldera mirando los aviones, ese brillo plateado del blanco y negro. Los fotógrafos lo consideran una referencia indispensable; los periodistas que escribimos, envidiamos su capacidad para materializarse justo cuando pasaba la noticia y recorremos sus imágenes lamentándonos de que, en esta era de conexiones y fusiones aéreas, de compras por internet y de alianzas continentales de periódicos, ya no sea tan frecuente como en los tiempos del Gordo pasarse la vida saltando de un escenario histórico a otro, como lo hizo él.

Si el Gordo Pérez reencarnara y estuviera trabajando de nuevo en 2004, tal vez sería mucho menos gremialista y no tendría que pelear tanto porque su crédito saliera al borde de su foto. Sabría el destino de Robert Capa, que no murió en una cama de hospital, como él, sino en la selva vietnamita. Deliraría por irse a Afganistán o a Libia. Pero al recordar su encarnación anterior, compararía los sacudones de antes con los de ahora y comentaría que el mundo sigue siendo la misma sampablera. Seguiría siendo el Gordo Pérez, un mediecito bailando abajo y a la derecha justo cuando suceden las grandes cosas.



• Francisco Edmundo «Gordo» Pérez, *El Nacional*



• *sfi, El Nacional*

Antonio Estévez dirige sobre un pupitre; José Antonio Abreu lo hace también pero en el Congreso



• *Ramón Villa, El Nacional*



• Luigi Scotto, *El Nacional*

El maestro Ríos Reyna da estocadas en el aire;
El Cordobés está por darlas en el cuerpo del toro.



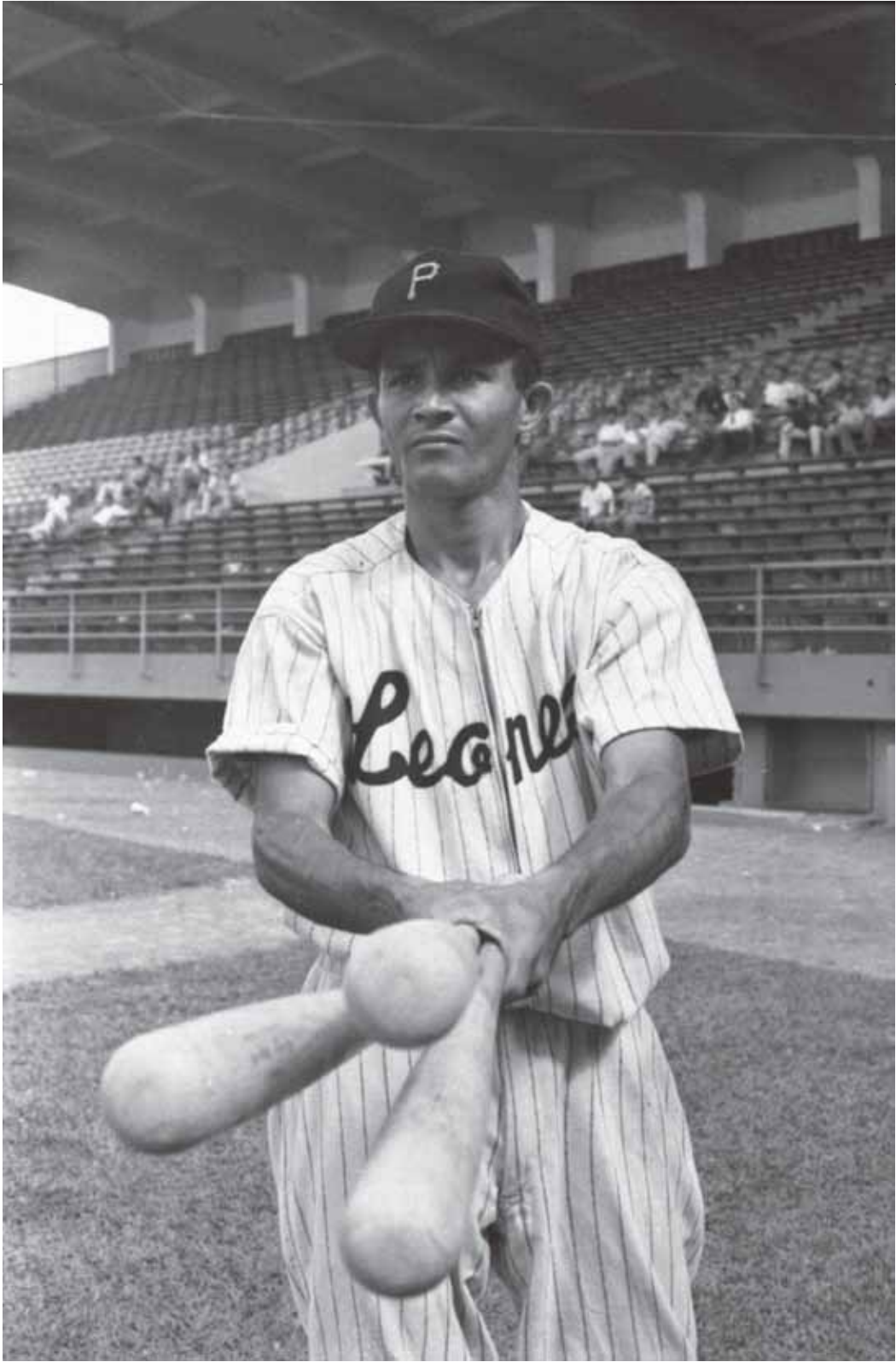
• Francisco Edmundo «Gordo» Pérez, *El Nacional*



• • • Fotos: **Justo Molina**, *Biblioteca Nacional*



En estas páginas:
Alfredo Sadel, Lupita Ferrer y Vitico Davalillo.
En las páginas siguientes:
las nadadoras y los boxeadores que
atraían todos los aplausos.





• Juan García Solís, *El Nacional*



• • A la izquierda e inferior derecha: José Sardá, *El Nacional*





Miguel Arroyo dirigía uno de los mejores museos de arte moderno del mundo, el Museo de Bellas Artes de Caracas.

Roberto Giusti El ojo del Gurú

Una mañana calichosa, entre mediados y fines de los años ochenta, el jefe de redacción de *El Nacional*, Heberto Castro Pimentel, me liberó de una pauta soporífera para enviarme a las afueras de la UCV, donde los encapuchados habían armado un jaleo de mayor envergadura que los habituales.

Lo extraño era que, tratándose de algo ya rutinario, me asignaran como fotógrafo a alguien que solo movían para las cosas grandes. Leyenda del periodismo venezolano, con algo de poeta y mucha bohemia caraqueña acumulada, su ojo infalible había registrado una gama heterogénea y caótica de imágenes que iban desde la Segunda Guerra Mundial hasta el rostro sudoroso de un dictador descompuesto por los calores del 5 de julio en el Paseo de los Próceres.

Resultaba estimulante andar con ese tipo bonachón, sencillo y de aire deportivo, cuyo peculiar punto de vista, nutrido por todo tipo de lecturas, un sentido estético y ético del oficio (el hombre por sobre todo) y un ojo rápido y preciso para capturar imágenes en movimiento, había puesto bien alto el listón del reporterismo gráfico en el país. Trabajar con él era un desafío y creía que no sería fácil presentar una historia a la altura de sus fotografías.

Apenas bajamos del carro, en medio de la humareda que despedía un autobús incendiado, tres encapuchados enfurecidos nos pegaron una correteada de dos cuadras que cesó frente a la plaza de Las Tres Gracias. Allí supimos que habíamos violado los límites invisibles establecidos por los violentos y resollando nos unimos a los demás periodistas, protegidos por la sombra de unas palmeras frente a Cars Tocars.

En el tedio de la espera resultaba imponente la presencia de Eddy González. Con sus blue jeans desteñidos, el chaleco caqui cargado de adminículos, un pesado bolso y

Renny Ottolina fue la voz de los años setenta, la viva encarnación de la vitalidad y el oropel de aquellos años en que llovió el petróleo.

su colección de cámaras y lentes guindando del cuello, el Gurú, como le decían en el medio, saludó a su antiguo maestro y volvió a lo suyo: la búsqueda de un ángulo. Casi de inmediato apareció la Policía Metropolitana y comenzó la rutina. De un lado los policías lanzaban bombas lacrimógenas, del otro se las devolvían junto con una lluvia de piedras. Entre los dos bandos, acostados, amuñados detrás de las palmeras, los reporteros. Adelante y atrás, al descubierto, los fotógrafos.

Al principio parecía un fantasma, su rostro una mancha negra, emergiendo de las nubes artificiales provocadas por los gases (clic). A medida que su carrera lo acercaba a la plaza, se fue corporizando (clic). Cuando puso rodilla en tierra (clic) y estiró su brazo derecho, mientras la mano izquierda oprimía la muñeca para fijar el pulso (clic), el cuerpo se sacudió levemente con el disparo (clic). Sin solución de continuidad una nueva sacudida lo estremeció violentamente (clic) y saltando hacia adelante, los brazos ya laxos y la pistola en el aire (clic) cayó de bruces sobre el asfalto (clic).

Era la secuencia perfecta, el movimiento congelado de un cuerpo sin rostro que por esa carencia (¿no es acaso el rostro el que lo transmite todo?) no perdía ni un gramo de dramatismo durante el brevísimo interregno a partir del cual se cruza el abismo entre la vida y la muerte. Todo eso recogido por un ojo prodigioso a la hora de detener el tiempo, los tiempos, en un cliqueo exacto y pertinaz.

—¿Lo tienes? —le pregunté casi avergonzado por la obviedad.

—Lo tengo —me respondió con displicencia.

Al día siguiente *El Nacional* y *El Diario* coincidieron en el título: «La muerte de un encauchado». La diferencia estaba en las fotos. Mientras *El Nacional* colocaba una imagen confusa de cuerpos y humo, la primera página de *El Diario* ofrecía, en progresión de



El teatro puso bajo los focos la crítica de lo que estaba pasando. La fotografía de las páginas culturales mostraba los rostros de dramaturgos como Isaac Chocrón y José Ignacio Cabrujas.



• Giorgio Lombardi, *El Nacional*



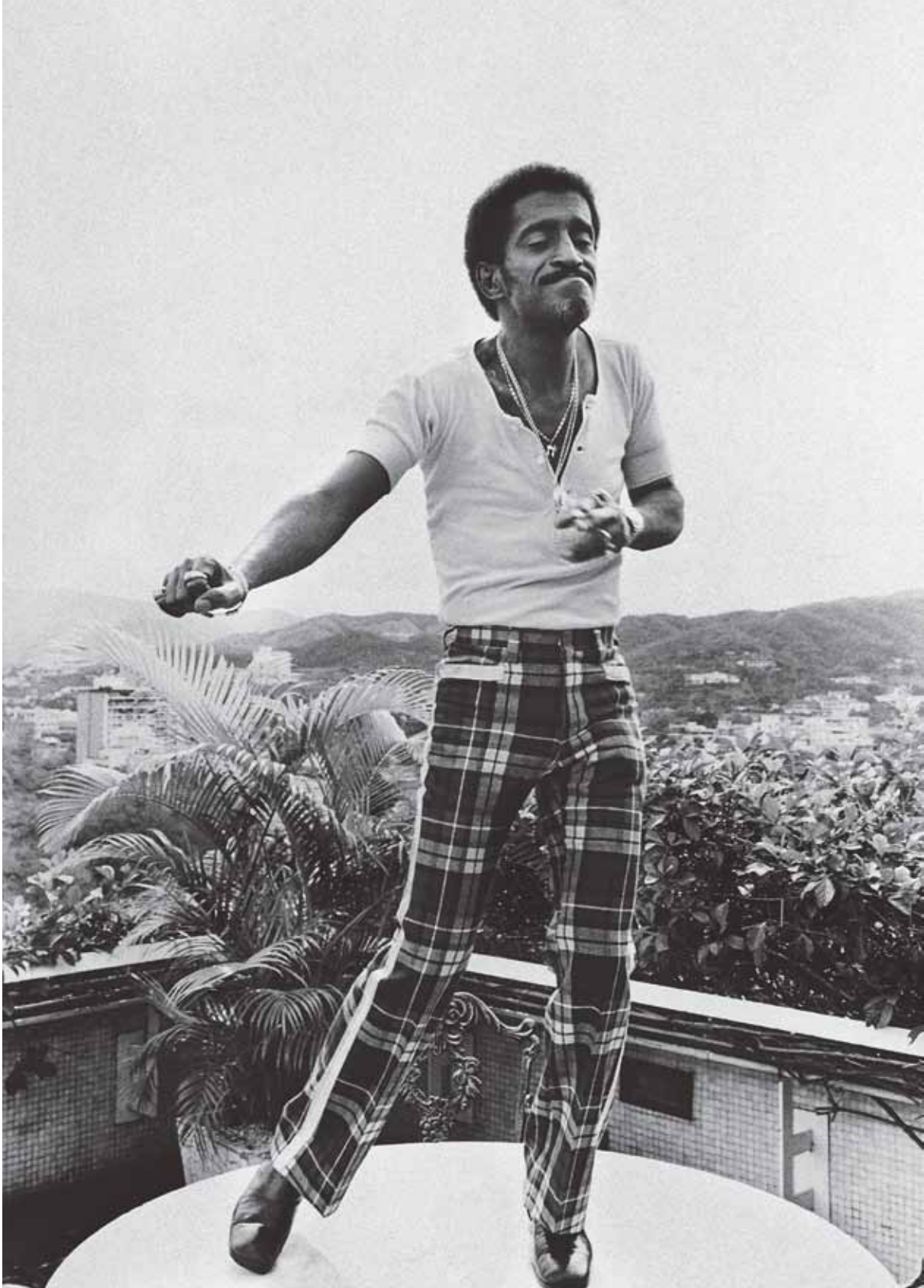
• Miguel Grillo, *El Nacional*



Román Chabaud dirigiendo a los actores Mayra Alejandra y Miguel Ángel Landa.
En la doble página siguiente: Amalia Pérez Díaz pone el grito en el cielo ante Manuelita Zelwer y Fausto Verdial, en una foto del montaje de *El día que me quieras*, de Cabrujas.

• José Grillo, *El Nacional*
• *Página siguiente:* Alejandro «Alex» Delgado, *El Nacional*





Los petrodólares pusieron a bailar sobre Caracas a Sammy Davis Jr. y a cantar a Mirtha Pérez.



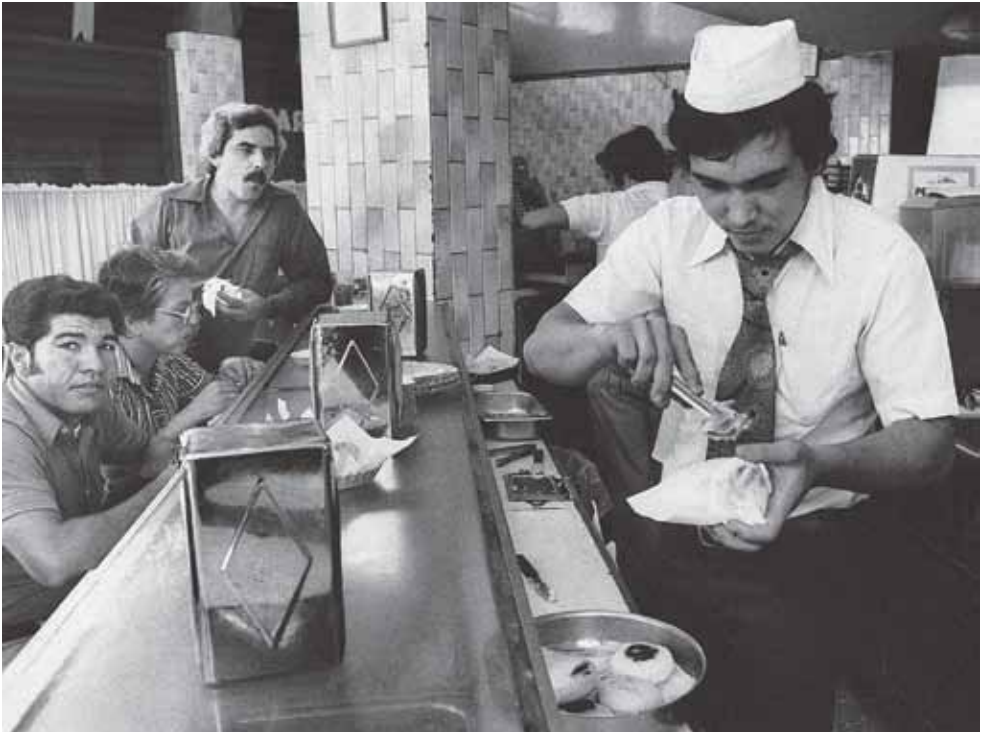


• Miguel Grillo, *El Nacional*

Pelé vino a enseñarnos cómo jugar fútbol
A la derecha arriba: Eladio Lárez presentaba las canciones comprometidas de Joan Manuel Serrat.
Abajo: Los portugueses se afanaron para saciar pronto el apetito de una sociedad más abundante y más acelerada.



• Miguel Grillo, *El Nacional*



• José Sardá, *El Nacional*

• Enio Perdomo, *El Nacional*

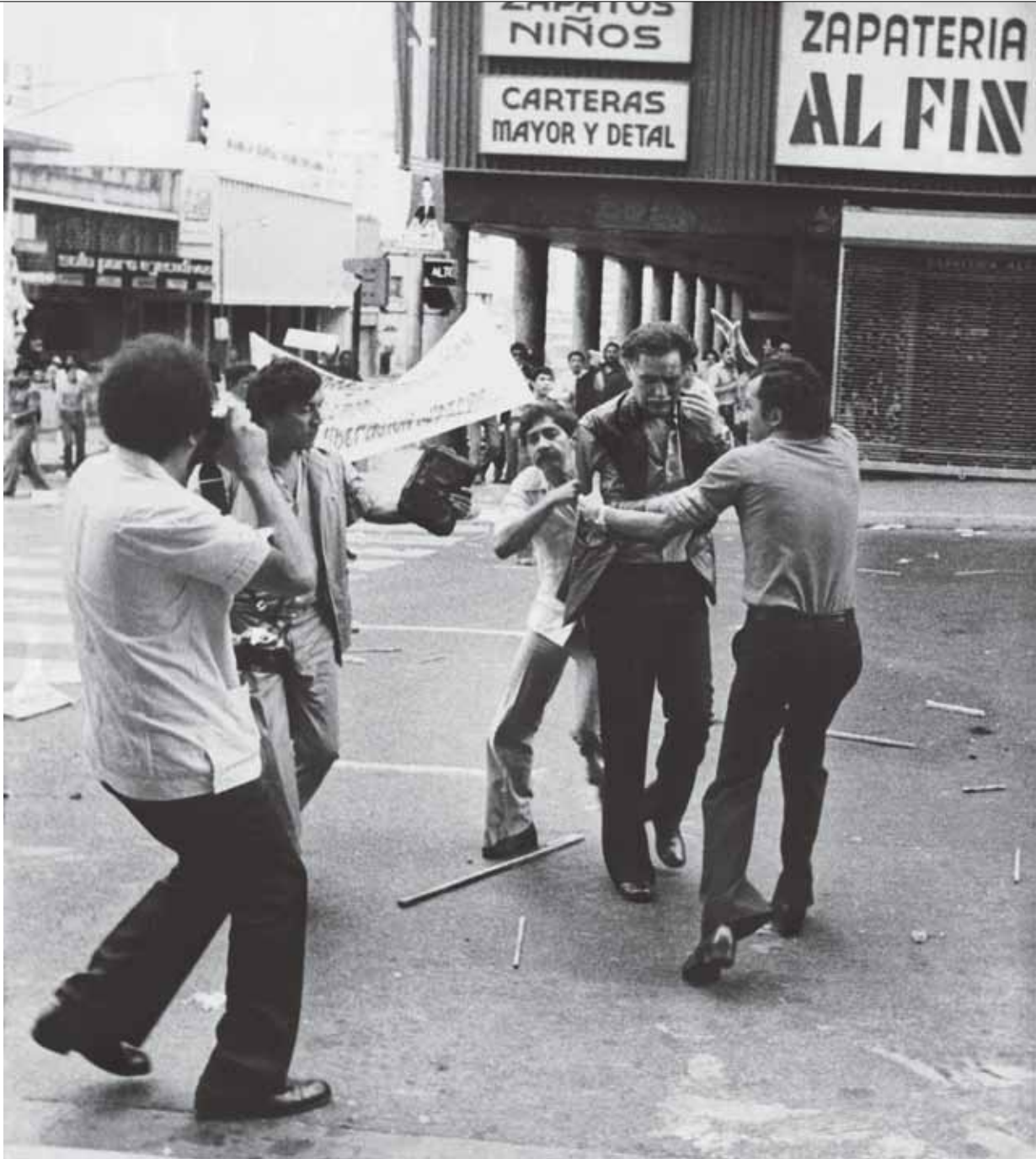


Los Caldera inauguran instituciones culturales



• Germán González, *El Nacional*

Era un país que favorecía, hasta cierto punto, los consensos: el patriarca socialdemócrata Rómulo Betancourt podía contarle al líder español Felipe González cómo eran los tiempos difíciles.



• Osvaldo Tejada, *El Nacional*



• Ramón Gardía, *El Nacional*

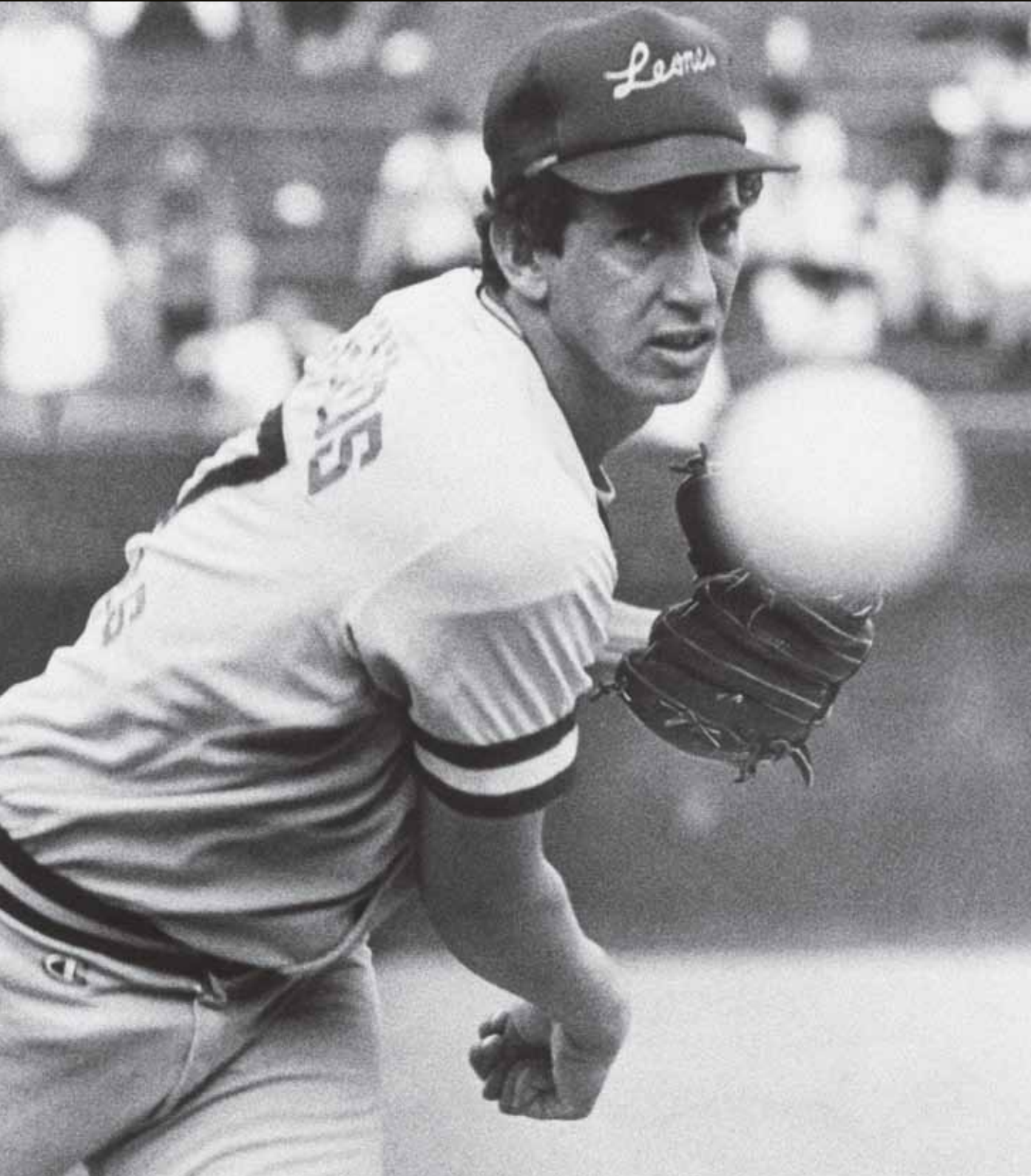


• José Grillo, *El Nacional*



• Luis Aguilera, *El Nacional*

La violencia política no estaba del todo derrotada: afectaba a los socialistas como José Vicente Rangel (página anterior) y Teodoro Petkoff (abajo a la izquierda), o a los socialcristianos como Luis Herrera Campins (arriba). Y estaba el secuestro político, que tristemente no terminaría con la liberación del empresario Bill Niehous (abajo a la derecha), quien estuvo cautivo durante tres años.



Ramón Navarro

El momento decisivo del deporte

La relación entre el hecho deportivo y su correlato fotográfico suele convertirse en un fascinante mundo agonístico, sensible y siempre en busca de una descripción que inmortalice el acontecimiento. Dicen que la mejor gráfica es solo aquella que captan los ojos de los periodistas que van al espectáculo sin compañía, se entiende que la del fotógrafo. Es el espíritu de la leyenda el que se impone. Kapuscinski solía andar a solas. Evitaba abordar sus fuentes en presencia de fotógrafos. Aunque ya él solo constituía un estilo.

Un día vi a José Bonilla –antes de defender su título ante el panameño Evangelio Pérez– marcadamente preocupado. Sus manos estaban enguantadas, el rostro sudoroso, y todo parecía indicar que venía de combatir con su inconsciente. Jamás había visto una mirada tan desalentadora y derrotista. Tengo cierta predilección por el retrato como género. En el peleador era la mirada la que anulaba su condición de campeón. No hubo fotógrafo que atrapara ese tránsito hacia la incertidumbre.

Esa imagen la llevo esculpida en mi imaginario como fiel testimonio de los avatares individuales que están de espaldas a la opinión pública. Cuando el reportero gráfico no está, la sensibilidad del objeto cambia; y cuando está, algo sucede que las cosas se expresan de otra manera; es la manera que suscribe su propia inmortalidad.

En el terreno esencialmente deportivo, las imágenes fotográficas han sido, sin lugar a dudas, una especie de extensión de los hechos. Marcan un espacio que, en no pocas ocasiones, ha sido determinante cuando se complementan gráfica y escritura. Si no recuerdo mal, fue Nietzsche quien apuntó que la luna es un monje que mira envidiosamente a la tierra: lo mismo digo de la relación entre palabra escrita y fotografía.

Miss Universo 1981, Irene Sáez, se ajusta la corona ante la mirada fascinada del presidente Luis Herrera Campins.

La fotografía, por ser un fenómeno estético entre otros aspectos, revela por encima de toda dialéctica episodios muchos más conmovedores y expresivos que un texto. Todo porque la fotografía también dispone de la capacidad de relatar. Cuando Jacobo Lezama o Vicente Correale, para citar solo dos figuras clave de la fotografía deportiva en Venezuela, elaboran su liturgia para atrapar lo que modestamente definió Cartier-Bresson como el momento decisivo, lo hacen convencidos de la poética visual que genera esa determinada realidad.

Si observamos el desarrollo de la fotografía deportiva en nuestro país, por ejemplo desde el recibimiento de los Héroes del 41, hasta el título de Caribes de Anzoátegui en el béisbol local en la temporada 2010-2011, probablemente no sea descabellado inferir que la herencia está repartida entre los archivos de los periódicos y los álbumes personales, esa otra historia de la fotografía que también construye legado.

El país ha sido sede de eventos multidisciplinarios que integran el Ciclo Olímpico, como Juegos Bolivarianos, Centroamericanos y del Caribe, Suramericanos, Panamericanos, sin contar el apogeo del boxeo profesional en los años cincuenta, sesenta y setenta, el segmento del fútbol rentado, en fin, una interminable agenda deportiva histórica. Pero lo que más ha evidenciado un trabajo fotográfico de indiscutible valía, que revela un auténtico acervo, es el béisbol profesional.

Seguimos con la deuda a los maestros de la fotografía deportiva en el país –que va más allá de los dos mencionados– una explicación, sobre todo, del porqué aún no nos asiste un constructo fotográfico deportivo, un espacio que acoja las esencialidades propias del deporte. Ciertamente, las gráficas, la mayoría, nacen al calor de una pauta, pero han quedado en el olvido muchos genios desconocidos que con su nombre han contribuido a reafirmar el noble oficio de fotografiar lo deportivo.





• Tom Grillo, *El Nacional*



• Gonzalo Martínez, *El Nacional*

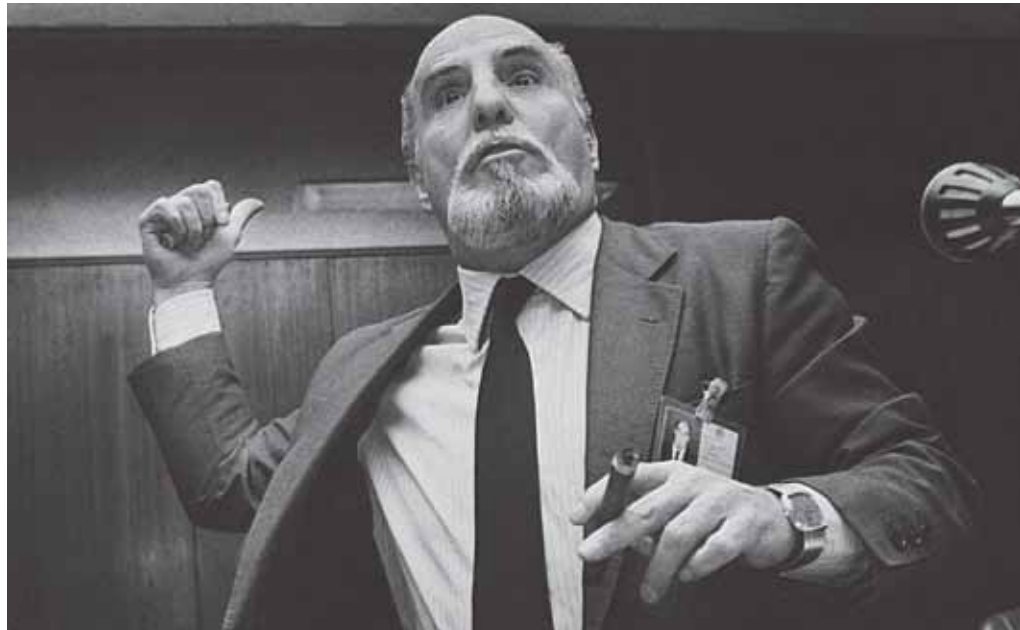
La primera dama, Gladys de Lusinchi, regalaba algo de asistencialismo y Lázaro Candal cantaba los goles del Mundial de México en 1986. En 1985 estalló la planta de Tocoa: hubo varios comunicadores entre las víctimas del incendio posterior.



• José Cohén, *El Universal*



• Giorgio Lombardi, *El Nacional*



• Enio Perdomo, *El Universal*



• Francisco «Frasso» Solórzano, *El Nacional*

La ilusión de armonía estaba por quebrarse, pero Jaime Lusinchi (arriba) vendía la imagen de un hijo ideal. Empresarios como Francisco Aguerrevere y Oscar Machado Zuloaga (a la izquierda) acusaban los golpes de una economía que el Búfalo, Leopoldo Díaz Bruzual, no hallaba cómo controlar.



• José Sardá, *El Nacional*

La prensa alzaba cada vez más la voz para alertar sobre la pérdida del buen rumbo. Arriba, el entonces director de *El Nacional*, Ramón J. Velásquez, rodeado por la plana mayor de periodistas de ese influyente diario. A la derecha: Ismenia Villalba intentó rescatar las banderas de justicia social de su padre cuando el pacto adeco-copeyano ya daba severos síntomas de envejecimiento.



• Tom Grillo, *El Nacional*



• José Sardá, *El Nacional*

El Pelusa Maradona pasaba por Venezuela y ante el lente de José Sardá, pero para hablar de fútbol, y Ana María Carrasco ganaba títulos y títulos de ski acuático ante el obturador de Jacobo Lezama.



En la doble página siguiente: instantánea del combate entre Betulio González y Rodolfo Blanco.

• Jacobo Lezama, *El Nacional*



• Enrique Rivas, Panorama

• José Sardá, *El Nacional*



• Sandra Bracho, *El Nacional*



Luis Aparicio recibe el homenaje de sus compañeros.
Oscar D'León, el Sonero del Mundo, con el sonero cubano Barbarito Diez.

Elizabeth Araujo

Yo atrapo las vidas de la gente

Nadie lo vio llegar en medio del festín de violencia que estalló en la calle. Tal vez los gritos y la orgía destructiva, que descargaban su furia al amparo de la impunidad, sirvieron de cortina para que ese joven delgado, silencioso y de rasgos aindiados se colara en medio del agite, apoyara la cámara sobre el muro y, con serenidad, congelara para siempre al sujeto sin camisa que saltaba casi infantilmente encima del pequeño Fiat, mientras otros salían con relojes de fantasía, quesos, engrapadoras y comida enlatada de los modestos locales saqueados.

No es mi propósito repetir las horas y minutos de aquel 27 de febrero, cuando salimos a testimoniar los sucesos que serían conocidos como El Caracazo y que luego, en un ejercicio de populismo barato, terminarían por ser apostillados como jornada revolucionaria. Pero fue en tal circunstancia azarosa cuando supe del ojo asertivo de Tom Grillo; de ese reportero gráfico taciturno, que parecía salir de casa con tres o cuatro palabras, y que vertía la magnificencia de su expresividad a través de una foto.

«Yo atrapo las vidas de la gente, pero no lo que ellas son y hacen, sino lo que hay adentro», nos dijo en entrevista que le hicimos a propósito de la inesperada celebridad que le rozó en aquellos días. Una lástima que esa fama de fotógrafo del 27F haya opacado como en las reseñas policiales su otra trayectoria, en la que abundan los rostros risueños o el sueño lejano de la mirada de los entrevistados o las manos quietas con las venas que hablan del tránsito de la vejez, en reportajes de ciudad que los periódicos obsequian los fines de semana.

Fascinado por la imagen que le devolvía el ojo de la cámara, Tom Grillo vivió instantes de felicidad en *El Nacional*, donde había ingresado —así pasaba con casi todos los

reporteros gráficos— como ayudante en el laboratorio o para ampliar las fotos de otros, por encargo de la secretaría de redacción.

Cualquier obstáculo para su labor, por formal e inesperado que fuera, Tom Grillo lo saltaba, sin esa angustia febril del *paparazzo*, sino que aguardaba el «momento exacto de la foto», como cierta vez nos respondió ante el apremio que exigía la brutal respuesta de unos policías contra una protesta. Alguien lo llamó «el método Tom», que se abreviaba en una frase que Grillo repetía no sé si como excusa o convicción: «No hay que atorarse... cuando la foto es de uno, llega».

Quizá por esa impávida actitud en medio de la repentina ansiedad del redactor que le asignaban, Tom Grillo escaló hasta llegar a la jefatura de Fotografía de *El Nacional*, la que ejerció con responsabilidad pero también con nostalgia. «Me hace falta la calle», se quejaba en contra del privilegio de un salario mayor, poder y la fortuna de esquivar por un tiempo el pateo de calles.

«Un fotógrafo es un testigo mudo», nos recordó en otra ocasión, cuando me aventuré a preguntarle por qué no se animaba a montar una exposición con sus trabajos. «Para mí un reportero gráfico es alguien que pasa y ve lo que ocurre en ese instante y después lo cuenta, con la foto, más que con lo que dice el ojo del fotógrafo», dijo como convencido de que algo misterioso ocurre entre la cámara y quien la manipula.

El tiempo nos separó y nos reunió de nuevo. Tom dejó de trabajar en *El Nacional*, abandonó por dos años el fotoperiodismo e hizo frente a una situación personal que lo alejó del oficio. Pero la calle que ve todos los días no lo olvida. Tom Grillo trabaja ahora para un organismo del Estado en lo único que sabe hacer: la buena fotografía.

Lástima que resulte difícil localizarlo, pero sería reconfortante saber si en cualquier suceso que se registre en esta ciudad, abigarrada de tragedias y risas, justo cuando las imágenes están a punto de escabullirse en el anonimato, ahí estará el ojo de Grillo. Ese ojo que atrapó los sucesos del 27F con la pasión del profesional, sin agregarle una palabra de más.



Bolívar, en montaje del Grupo Rajatabla.

• Ramón García, *El Nacional*

Doble página siguiente, el Grupo Madera.

• Foto: Sandra Bracho, *El Nacional*.

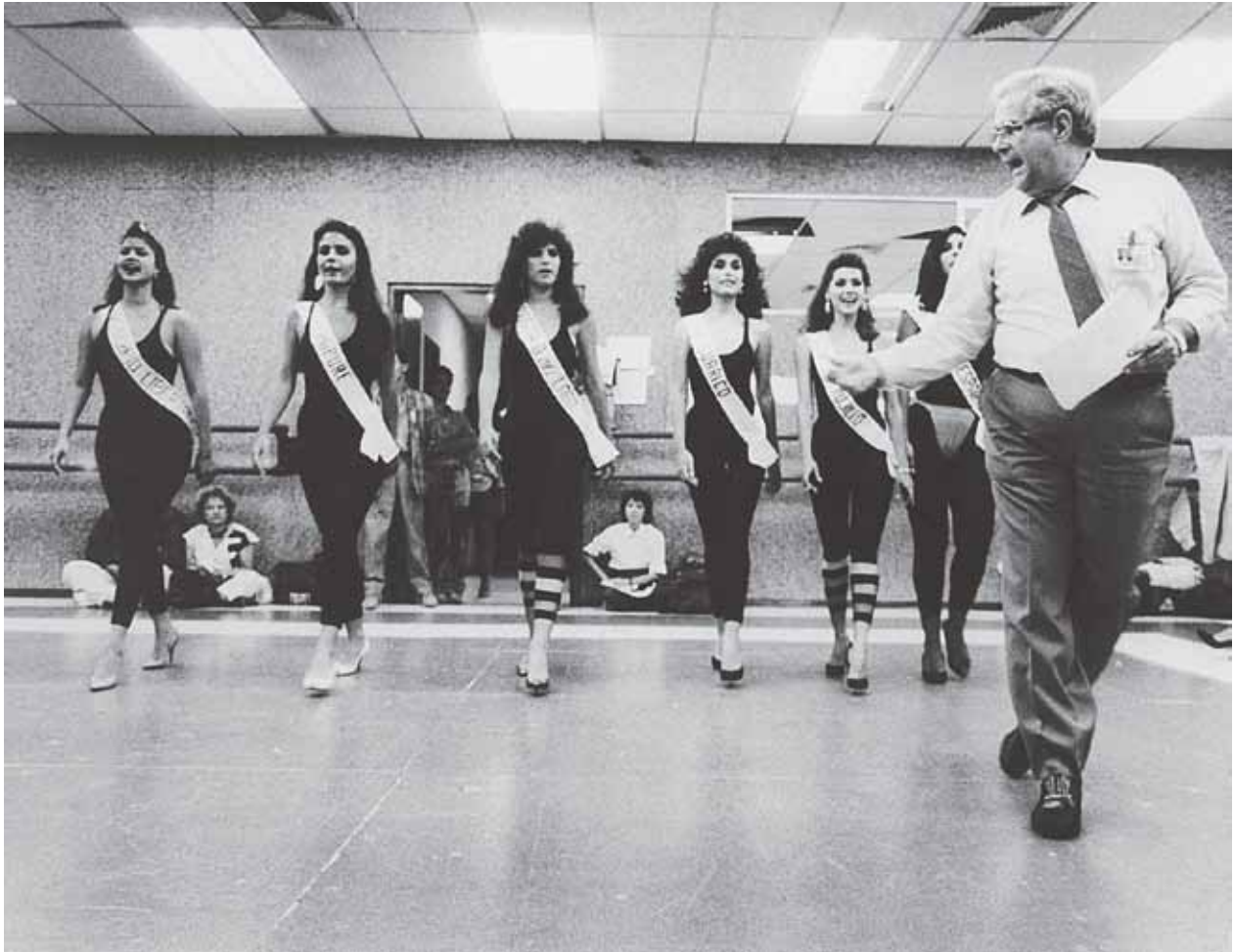




• Sandra Bracho, *El Nacional*



• Amílcar Ruiz, *El Nacional*



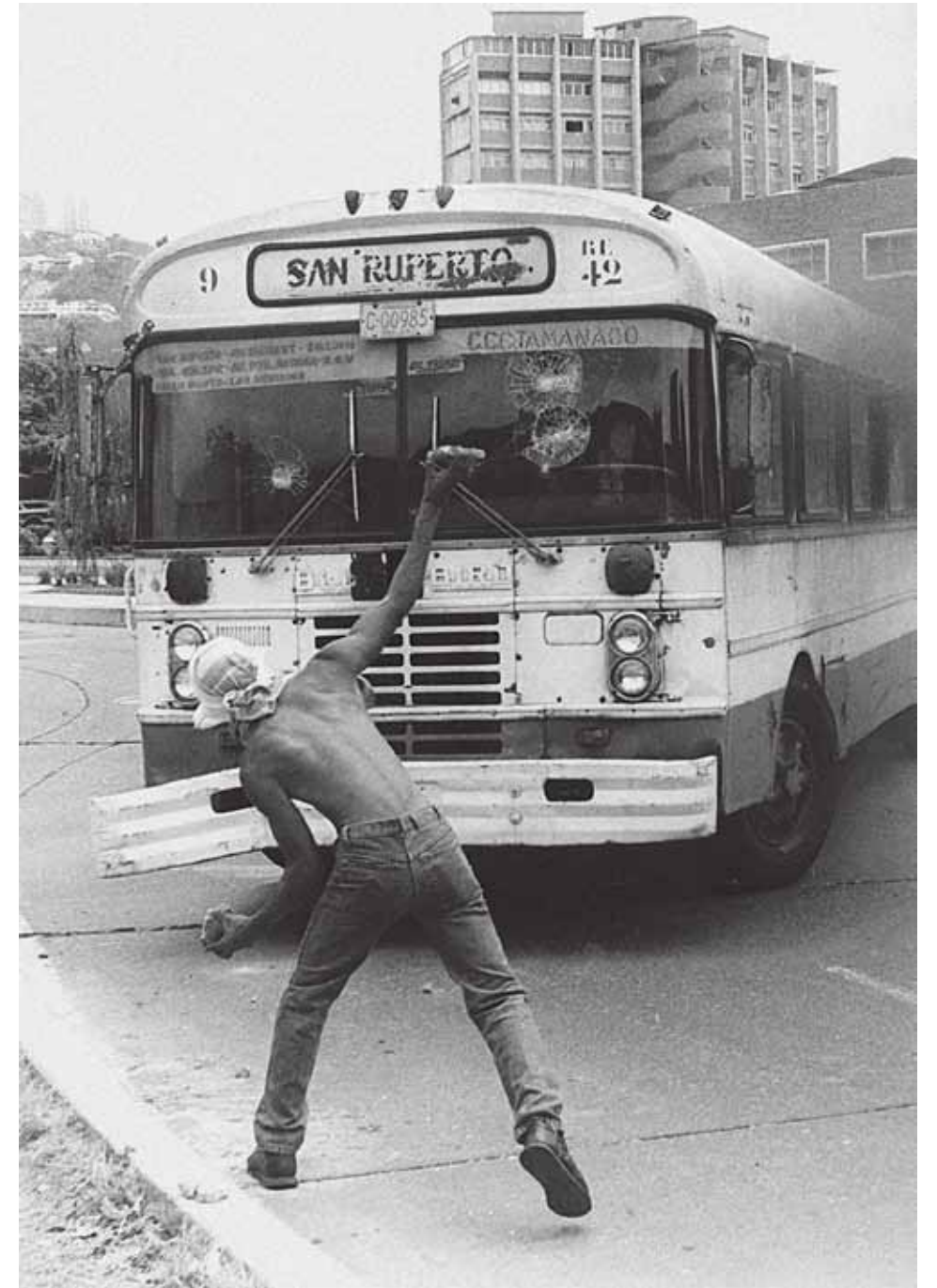
• Roberto Maza, *El Nacional*

A la izquierda: a la cultura popular le costaba abrirse paso entre Isabel Pantoja o la polémica María Conchita Alonso.
Arriba: Joaquín Riviera, coreógrafo del Miss Venezuela.



Pero aquella Venezuela amable y sencilla que cantaba Billo Frómeta (a la izquierda) iba a ser barrida a principios del último año de esa década, el 27 de febrero de 1989. El Caracazo fue un terrible momento para el país pero un gran momento para el fotoperiodismo venezolano.

• A la izquierda: José Sardá, *El Nacional* • Tom Grillo, *El Nacional*





A la izquierda: una de las fotos de Alejandro Delgado.
Arriba: otra de Sandra Bracho.

• Sandra Bracho, *El Nacional*

• Alejandro «Alex» Delgado, *El Nacional*



• Francisco «Frasso» Solórzano, *El Nacional*



• Tom Grillo, *El Nacional*



Esta dramática instantánea de Orlando Ugueto revela el peligro que corrieron muchos civiles atrapados en el fuego del 4 de febrero de 1992.

Fabrizio Ojeda Díaz

Un duelo disparejo

Nunca se sabrá con exactitud cuál fue la chispa que incendió la historia de Venezuela el 27 de febrero de 1989. Lo que se recuerda, como un pasmoso trauma social, es aquel maremoto humano que creció en minutos sin una conexión manifiesta, sin cabezas visibles, espontáneo, contagioso, destructivo, y avanzó arrasando con todo hasta niveles inéditos en Caracas, epicentro del conflicto.

Entre la humareda inicial, dos abigarrados cardúmenes intentaban surfear el tsunami de saqueos y violencia que se generó durante tres interminables días. Por un lado, la corriente bamboleaba a unos disminuidos policías que al verse rebasados por el tumulto accionaban sus armas sin mayores frenos. Por el otro, una descoordinada tropa de reporteros, camarógrafos y fotógrafos que buscaba –esquivando balas– registrar la noticia para tiempos futuros.

En este último grupo estuvo Francisco Solórzano, natural de Santa Ana, estado Anzoátegui, quien en su vida de reportero gráfico unió las primeras letras de su nombre y apellido para darse a conocer como Frasso, y quien, como buen oriental, tiene entre sus historias felices el haber engendrado un hijo en el mar.

El miércoles 29, luego de dos agitadas jornadas de violencia, los alimentos y otros productos básicos escaseaban, como lógico resultado del pillaje masivo. Fue ese día cuando los periodistas nos percatamos de que habíamos trabajado hasta diecisiete horas diarias, brincando barricadas, buscando testimonios, sumando cadáveres, viviendo en directo lo que ocurría en esa ciudad devastada, para luego correr a las redacciones a procesar textos tristes e imágenes escalofriantes... y nos habíamos olvidado de abastecer nuestras propias despensas.

Temprano en la mañana, decidimos remontar hacia Colinas de La Mariposa, en San Antonio de los Altos, donde conocíamos de la existencia de una bien surtida bodega

María Teresa Castillo de parte con el líder caribeño cuyo nombre sonaría mucho en los años noventa y, sobre todo, en la década siguiente.

En las dos páginas siguientes:

Carlos Andrés Pérez en el bautizo de un libro con Belisario Betancur y Alfonso López Michelsen; Blanca Ibáñez como anfitriona de una fiesta de gobierno; el maestro Prieto Figueroa, uno de los últimos de su especie, en retrato de Sandra Bracho.

que había escapado del vandalismo desatado en la urbe. Evitamos la autopista para recorrer otras rutas urbanas y presenciar la desolación, luego de la intervención explícita del Ejército para sofocar las revueltas y una noche de toque de queda. En la avenida Nueva Granada, Frasso bajó del pequeño Chevette rojiblanco, identificado con el logotipo de *El Nacional*, para retratar unos comercios saqueados. Estaba en eso cuando dos fuertes detonaciones rasgaron el silencio. En medio del sobresalto buscamos el origen y vimos a un soldado, un muchacho aindiado de no más de veinte años, que preparaba su FAL. Frasso lo apuntó con la cámara y el nervioso recluta hizo lo mismo con el fusil. Por un momento temimos la terrible consecuencia de ese duelo desigual, pero pudo más la cordura y el fotoreportero bajó su arma primero y caminó apuradito hacia el carro. «¡Compadreee, vámonos de aquí, que los tiros eran conmigo!», exclamó Solórzano y arrancamos raudos y asustados, esperando otros disparos que por suerte no se produjeron.

Tras llenar el maletero del carro en la cooperativa alimentaria de una fábrica de velas, y de tomar unas panorámicas que no mostraban la convulsión que sufría la ciudad, entramos de nuevo a Caracas por la autopista Valle-Coche, para dirigimos a Antímano y San Martín, dos de los sectores más afectados por la ola de bandidaje, represión y muerte. Comentábamos entre risas el incidente con el soldado, cuando una silueta tenebrosa nos sorprendió en la penumbra de los túneles de El Valle. «¿Y qué es eso? ¿Un camión cargado de... ¡urnas!?».

La asombrosa imagen nos despabiló y Francisco tomó como un resorte su cámara. Clic, clic, una y otra vez atravesando el parabrisas, y luego sacando la cara y los brazos por la ventanilla.

—Ya las tengo —dijo Frasso, soltando el soplo del deber cumplido y sin pensar en el Premio Rey de España, que ganaría posteriormente con sus gráficas.

—Póntele al lado, para preguntarles a dónde van —le pedí a Núñez, el chofer más temerario que laboraba en *El Nacional*.

Fue así como un camionero desconocido —pues no quiso fotos ni decir su nombre— nos dio el dato que después sirvió para hacer una dantesca revelación: los ataúdes iban al Cementerio General del Sur, a un lugar clandestino conocido como La Peste, donde los aguardaban decenas de cuerpos anónimos que serían sepultados en fosas comunes.





• Manuel Sardá, *El Nacional*

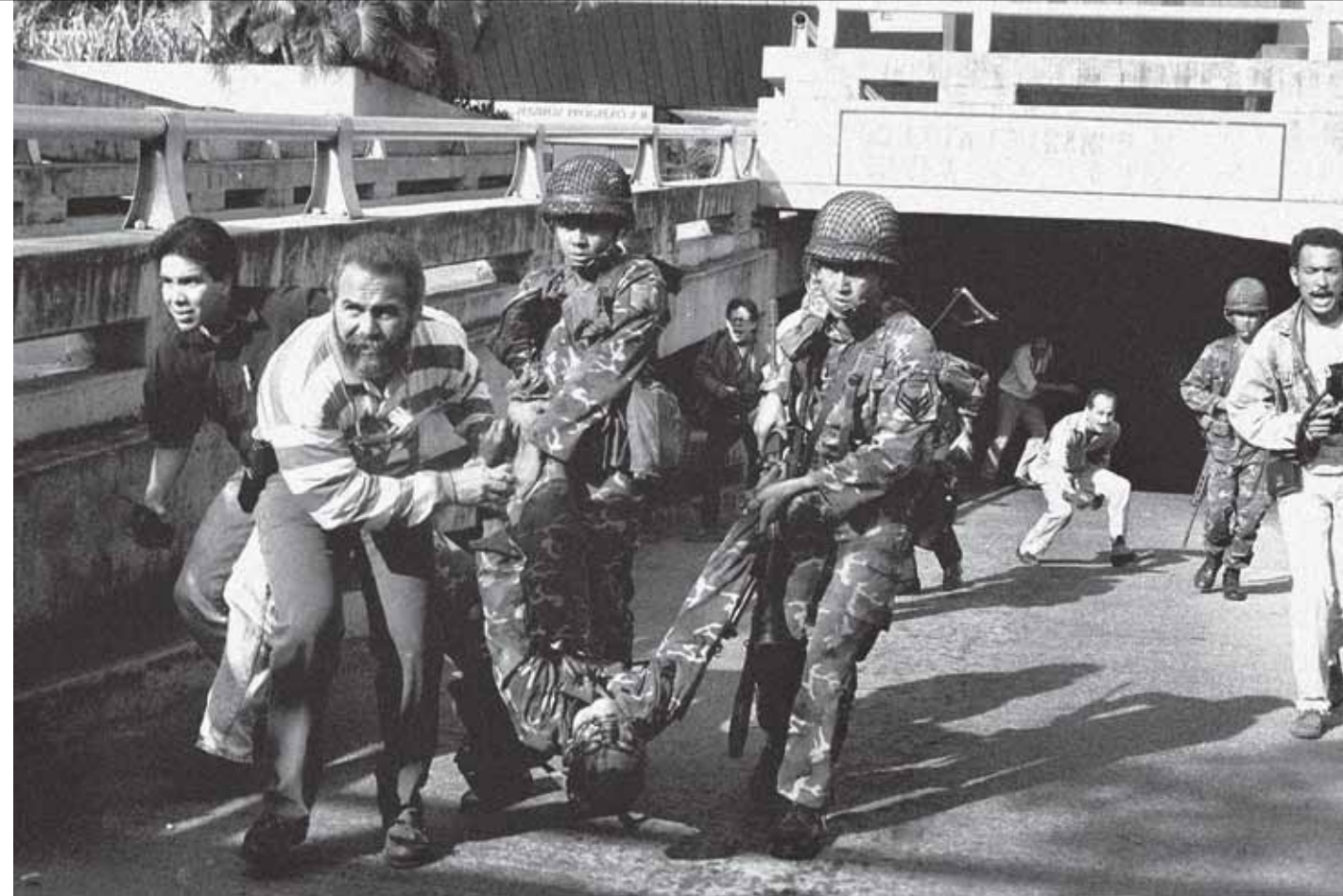


• Orlando Ugueto, *El Nacional* • A la derecha: Sandra Bracho, *El Nacional*





• • Fotos: **Ernesto Morgado**, *El Nacional*



Ernesto Morgado se adentró en la balacera del 4F para dar cuenta de la violencia de sus primeras horas.

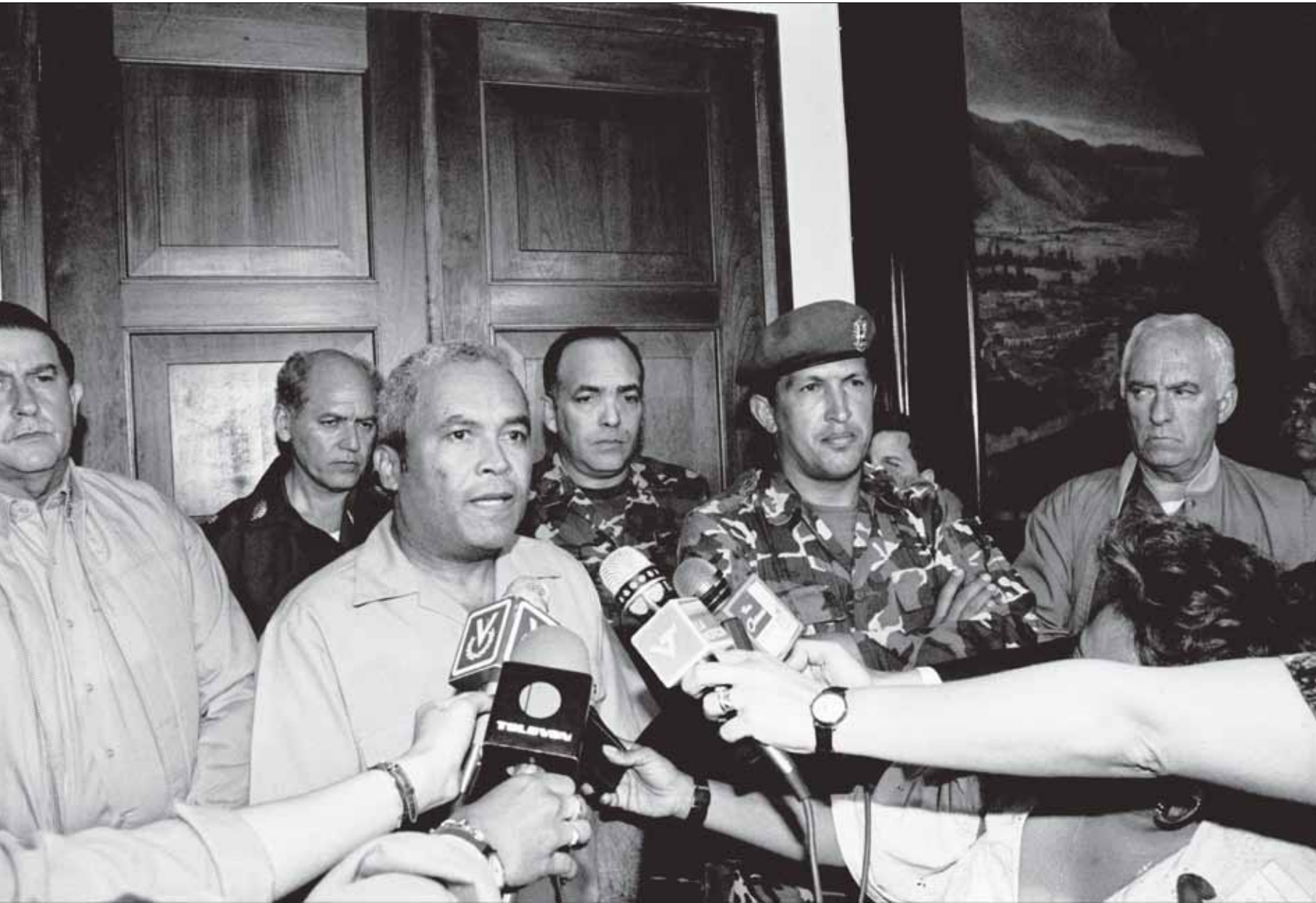


• • Fotos: Ernesto Morgado, *El Nacional*



Dos intentos de golpe hubo en 1992: en el segundo de ellos, el aeropuerto de La Carlota sería un campo de batalla.

• Ernesto Morgado, *El Nacional*



• Venancio Alcázares, *El Universal*

Un ángulo algo diferente, captado por Venancio Alcázares, de la escena que se grabó en la mente de los venezolanos por la televisión. A la derecha arriba: A Carlos Andrés Pérez no le alcanzarían los rezos. Abajo: Fernando Ochoa Antich, un ministro armado.



• Ernesto Morgado, *El Nacional*



• Iván Aponte, *El Nacional*



• A la izquierda: **Fernando Sánchez**, *El Nacional* • **Manuel Sardá**, *El Nacional*

1993 sería un año de tensas transiciones. Ruth de Krivoy, presidenta del Banco Central de Venezuela, y Ramón J. Velásquez, presidente por consenso de la República, tuvieron que hacer lo posible porque no reventaran.



• Francisco «Frasso» Solórzano, *El Nacional*



La Venezuela del presente iba a fraguarse en los últimos años noventa: Henrique Salas Römer y Hugo Chávez Frías ofrecieron sus respectivas soluciones y la sociedad decidió.

• Fernando Sánchez, *El Nacional*



• Enio Perdomo, *El Universal*



• Iván Aponte, *El Nacional*

Simón Díaz brinda un presente a Juan Pablo II en su segunda visita a Venezuela y el Gato Galarraga se apropia de una base.

En las páginas siguientes:

En diciembre de 1999 el país enfrentaría una dura prueba con los deslaves. El foto-periodismo venezolano respondió como debía: mostrando la verdadera magnitud del desastre.

• Foto: Henry Delgado, *El Nacional*







En las páginas anteriores:

De arriba hacia abajo,

- **Jacobo Lezama**, *El Nacional*
- **Henry Delgado**, *El Nacional*
- **Gabriel Osorio**, *El Nacional*
- **Sandra Bracho**, *El Nacional*

Mañana del 11 de abril de 2002.

En el Cubo Negro, ante el lente de Gabriel Osorio, solo hay pitos, banderas y consignas.

Aquilino José Mata

Miradas del país que fuimos

Si en alguna fuente informativa es posible que el fotoperiodismo se exprese en todas sus posibilidades, es en la de espectáculos. Y cuando hablo de este género, me refiero no solamente a lo que en la prensa nacional se acuñó desde siempre con el poco acertado nombre de farándula, sino también a las diversas modalidades del deporte. No en balde, las páginas dedicadas a ambas expresiones suelen ser, en líneas generales, las más atrayentes desde el punto de vista gráfico.

Tuve el privilegio de pertenecer en mis inicios a la plantilla de periodistas de *Meridiano*, el primer rotativo que introdujo en el diarismo venezolano la información de espectáculos, antes reservada a notas aisladas en los periódicos, unas pocas revistas o encartes especializados de efímera duración, o en secciones de otros magazines semanales de información general. Tan acertada fue la idea de Carlos González, director del periódico, y de Mariahé Pabón, fundadora de la sección diaria de farándula, que no tardó en ser imitada por el resto de los periódicos de circulación nacional, que hasta el día de hoy la conservan en el menú para sus lectores.

En *Meridiano* pude trabajar con grandes fotoperiodistas, verdaderos maestros en su especialidad, cuyas gráficas, aunque teóricamente eran para apoyar las reseñas informativas, la mayoría de las veces lo decían todo por sí mismas.

En deportes contábamos con dos eminentes reporteros gráficos, como Fernando «Pollo» Sosa –laborioso en su afán de buscar la perfección para captar con abrumador impacto visual los grandes momentos del béisbol o el boxeo, entre otras disciplinas– y el campechano y siempre ocurrente pionero de la fotografía taurina Ramón Medina Villasmil, «Villa», quien logró captar con su ojo experto inolvidables imágenes de esas tardes de fiesta brava, que tan bien supo reflejar hasta en sus más mínimos detalles,

- **Gabriel Osorio**, *El Nacional*

desde la tensión del diestro a la hora de enfrentar con arte y arrojo al toro, hasta lo que acontecía entre ese heterogéneo conglomerado humano que poblaba las gradas. Pionero por excelencia del fotoperiodismo de farándula fue, también en aquel *Meridiano* de esa época, Dimas Hernández, cuyas gráficas eran una radiografía de todo cuanto caracteriza a ese medio, donde el talento y el saber hacer rivaliza con la vanidad, la mediocridad y los desmanes de los efímeros ídolos con pies de barro que se creen los reyes del mundo. Si de un concurso de belleza se trataba, Dimas no se conformaba con colocar a las chicas en sus estereotipadas y consabidas poses, sino que buscaba captarlas en momentos diferentes, sorprendiéndolas mientras se retocaban el maquillaje, con caras de fastidio en los interminables ensayos, descalzas y con los tacones a un lado descansando sus atormentados pies, etc. Eran, por así decirlo, la otra cara del brillo y el boato de un mundo de apariencias.

En «El Pollo», Villa y Dimas, entre otros muchos de otros medios, sobre todo en años posteriores, se encarnó la esencia del fotoperiodismo de espectáculos y en su obra ha quedado reflejada buena parte de nuestro devenir como país.

¿Cómo olvidar el siempre repetido gesto de asombro de nuestras triunfadoras reinas de belleza al conocer sus victorias? ¿Y a la siempre mediática Lila Morillo, reina de la autopromoción, en sus numerosas incursiones hospitalarias o mostrando sus retoños recién nacidos, en la época de su matrimonio con el Puma? ¿O a este, ante el fervor de las multitudes en el Festival de Viña del Mar o el Luna Park de Buenos Aires, convertido en ídolo internacional? ¿O a las luminarias de todos los continentes que el gran Aldemaro Romero logró congrega en Venezuela en las tres ediciones de su Festival Mundial de Onda Nueva, y que era posible captar, relajadas y con ánimo fiestero, noctambuleando o haciendo turismo en cualquier lugar de la ciudad?

Fueron acontecimientos de la crónica menuda que, como otros muchos, el fotoperiodismo de espectáculos se ha encargado de registrar para la posteridad como la imagen grata del país que fuimos.

Boris Izaguirre se rodea de bellezas en una gala del Miss Venezuela.

En las dos páginas siguientes: Osmel Sousa corona a Federica Guzmán, María Teresa Castillo saluda a Sofía Imber y Jacobo Borges mira al lente de Ernesto Morgado.





• William Marrero, *El Nacional*



• A la izquierda: Venancio Alcázares, *El Universal* • Ernesto Morgado, *El Nacional*





• William Dumont, *El Nacional*



• Yanny Montilla, *El Nacional*



• William Marrero, *El Nacional*

El fenómeno del Sistema: Gustavo Dudamel en La Vega y en un camerino con su esposa.
Abajo: José Antonio Abreu entre los músicos.



• Gabriel Osorio, *El Nacional*



• Efrén Hernández, *Panorama*

El artista José Antonio Hernández-Díez.
A la derecha: Elena Poniatowska recibe el premio Rómulo Gallegos y Patricia Velásquez visita a su gente en La Goajira.



• Honner Angarita, *Panorama*



• Gabriela Pulido, *El Nacional*



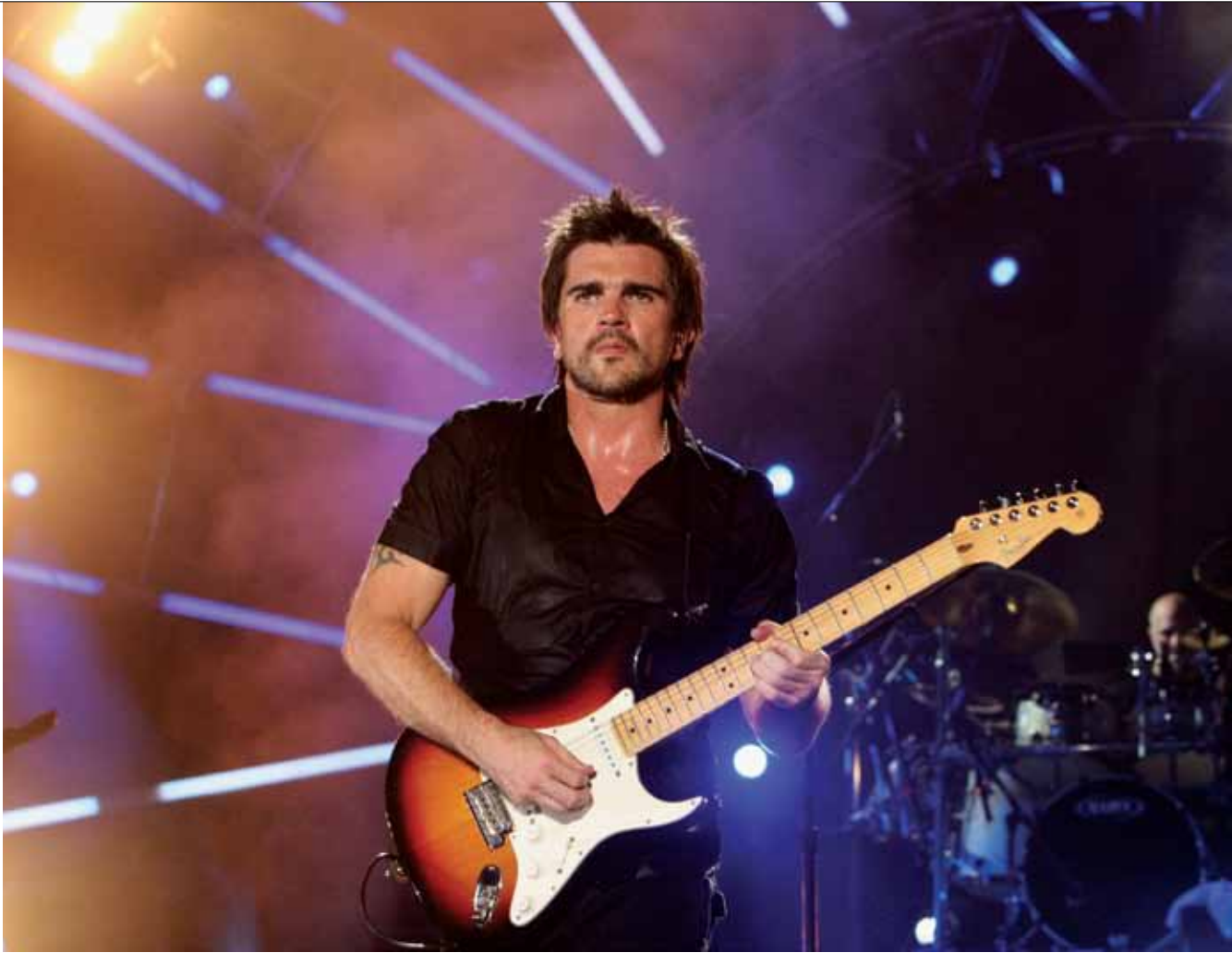
• Enrique Rivas, *Panorama*

Jean Carlo Simancas, galán de varias décadas, junto con Elaiza Gil, Mimí Lazo, Carlota Sosa y Marjorie de Sousa en una promoción de la telenovela *¿Vieja yo?*; Betulio Medina, gaitero para todo el año.



• Gustavo Brandes, *El Universal*

El espectáculo es un campo fértil para el fotoperiodismo, que nos permite saber, a los que no pudimos ir, cómo estuvo el concierto de Yordano o de Juanes. O como en la doble página siguiente, la representación de *El lago de los cisnes*.



• Vannyver Viloría, *La Verdad*



• Osver Díaz, El Universal



• David Maris, El Nacional



• Tom Grillo, *El Nacional*

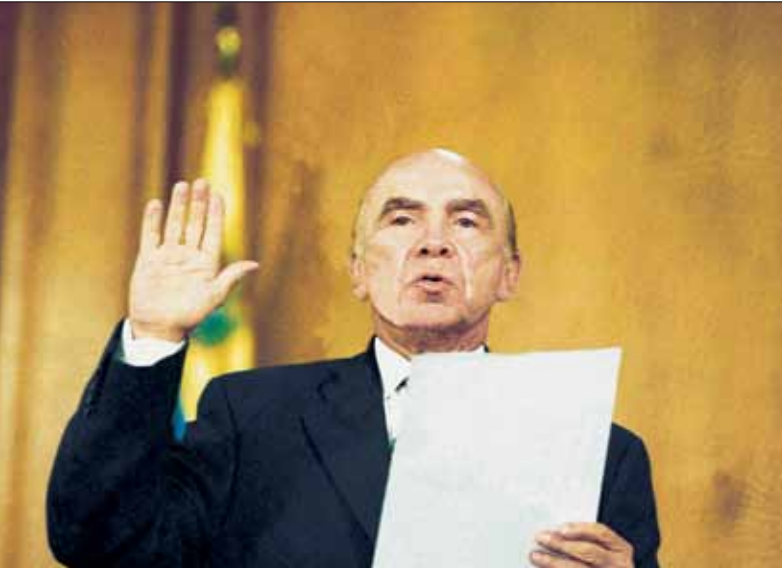
11 de abril de 2002, cuando la protesta acabó bañada en sangre.

En la doble página anterior: David Maris se asoma tras los hombros de los efectivos de la Guardia Nacional.

Arriba: dos de las víctimas de ese día: un ciudadano de visita en Caracas y el reportero gráfico Jorge Tortoza.



• Carlos Ramírez, *Cadena Capriles*



• Orlando Ugueto, *El Nacional*



• David Maris, *El Nacional*



Los sucesos del fin de semana posterior: Pedro Carmona Estanga juramentándose a sí mismo; los grupos que exigían el regreso de Hugo Chávez; el Estado Mayor que anunció una renuncia que no había ocurrido.

• Jesús Castillo, *El Nacional*



• Ernesto Morgado, *El Nacional*

En la foto de Ernesto Morgado, arriba, el fiscal Isaías Rodríguez celebra la restitución del gobierno de Chávez; en la de Iván Apon- te, a la derecha, lo hace la gente común.

En las dos páginas siguientes:

Fuerza, conflicto, pulso: el movimiento estudiantil frente a la Policía Metropolitana.

• Foto: Iván González



• Iván González, *El Nacional*





• Nelson Castro, *El Nacional*

Un atleta remata una carrera de 10 km en Caracas: un torero remata a una bestia en Maracaibo.



• Jimmy Pirela, *La Verdad*



• Vicente Correale, *El Universal*

Empuje, tenacidad, aliento: dos atletas luchan por los mejores lugares en estas instantáneas de Vicente Correale y Leonardo Noguera.



• Leonardo Noguera, *El Nacional*



• Jimmy Pirela, *La Verdad*

Los alumnos de una escuela de fútbol en Maracaibo aspiran a lo alto; la Vinotinto entrena duro para no defraudar a sus fanáticos; Richard Páez y el ex embajador de Estados Unidos William Brownfield aceptan que tienen distintos deportes favoritos.



• William Marrero, *El Nacional*



• Nelson Castro, *El Nacional*



• Edward Perdomo, *La Verdad*



• Vicente Correale, *El Universal*

Rosita Regalado

Hundir los pies en la realidad

A la izquierda: las Águilas del Zulia saludan la imagen de la Virgen de la Chinita; Tigres y Leones luchan por la supremacía.

Dos años antes de la caída del dictador Marcos Pérez Jiménez, cuando la década de los cincuenta agonizaba, ya el periodismo venezolano lucía el arte del lente. Sus fotógrafos captaban la vida cotidiana, con sus injusticias, desidias y violaciones de los derechos humanos. Sin los artilugios contemporáneos y la oferta tecnológica de estos días, tomar una fotografía era más que nunca un acto de magia. La instantánea adquiría rango de epopeya.

Recuerdo con claridad y admiración las exigencias de Ciro Urdaneta Bravo y Heberto Castro Pimentel, entre otros jefes de información de la época (1955-60), acerca de la calidad de las fotografías que debían buscar los reporteros gráficos. Había que hundir los pies en la realidad para regresar a la redacción con algo que valiera la pena.

Miguel Otero Silva no solo se recreaba con las fotografías elocuentes de lo que había ocurrido el día anterior, sino que le servían de fuente para montar una extraordinaria historia de pocas palabras, como sucede hoy con Twitter. Ellos fueron pioneros en el vespertino Pregón de la editora *El Nacional* y en Maracaibo los diarios *Informaciones y Panorama*.

En esa onda de fotógrafos reporteros, como yo los llamaba, estaban en Maracaibo Pedro Raga y en Caracas, Francisco Edmundo Pérez, el Gordo Pérez, José Noguera y la subsiguiente dinastía Noguera; Miguel Grillo, Jaime Albáñez y Héctor Rondón. No es posible nombrar a todos los fotógrafos que hicieron historia en nuestro país, con sus elocuentes fotografías de diversos sucesos y acontecimientos. Nuestros fotógrafos estrellas se destacaron por la forma como captaban el momento preciso que le permitía al lector informarse de un solo vistazo de lo que había pasado.

En ese sentido quedan testimonios de horrendos crímenes, de magistrales pases de toreros en el ruedo y las hazañas del toro atacado por diferentes frentes al torero en el transcurrir de una tarde en cualquier plaza venezolana; así como la atrapada en un inesperado juego de beisbol.

Las emociones desbordadas adquirirían notoriedad en un concurso Miss Venezuela; en un decisivo desenlace futbolístico; y por supuesto, en la derrota o triunfo de un proceso electoral. En todas estas ocasiones el lente del fotógrafo captaba ese instante único que convertía en gloria una faceta humana. El clic marcaba la distancia abismal entre el movimiento que nos circundaba y un segundo congelado que se convertiría en historia.

El trabajo de los fotógrafos que tuve la suerte de conocer no sólo se limitó a su pericia para captar el momento. Siempre estaban (y siguen en algunos casos) alertas a lo que rodea a la noticia que cubrían (y cubren).

Les interesaba algo más: mejorar la formación y estar al día, con las cámaras y todos los equipos de última resolución. No se pierden un curso de los se ofrecen para mejorar sus destrezas en el arte de captar ese instante único que ocurre ante sus ojos.

Los cursos que organiza el Círculo de Fotógrafos de Venezuela, los que dicta el Colegio Nacional de Periodistas, los particulares que preparan fotógrafos preocupados por mejorar la capacitación y actualización de los que están en el oficio, así como también, los que han dictado las Escuelas de Comunicación de todo el país, muestran a unos profesionales con enorme capacidad para crecer y mejorar.

Cuando se aprecia la combinación de imagen y sonido, la narración la hace el fotógrafo que tomó la gráfica y narra no solo el hecho, sino su situación, motivación y reacción a lo que logró captar con su máquina fotográfica de última resolución, en el producto multimedia más confiable de su veracidad, porque no permite modificaciones para adoptarlo a la conveniencia del mensajero. Este es el mundo que ahora podemos disfrutar.



• Alexandra Gómez, Panorama

El gobernador del Zulia, Pablo Pérez, comparece ante los medios en una foto de Alexandra Gómez.



• Juan Carlos Guerrero, *La Verdad*

Las nuevas generaciones buscan su espacio: el movimiento estudiantil protesta por la salida del aire de RCTV y Leopoldo López recibe el aplauso de muchos durante su boda con Lilian Tintori.



• Jesús Castillo, *El Nacional*



• Gregorio Marrero, Orinoquiaphoto

A veces hay que meterse donde la realidad no es placentera. Henrique Capriles Radonsky se sumerge en el drama de las inundaciones, ante la cámara de Gregorio Marrero, y el fotógrafo Nilo Jiménez en una huelga de sangre en el Centro Penitenciario de Oriente.

En las dos páginas siguientes: varias mujeres intentan hablar con sus parientes, reclusos en La Planta, y otra llora junto a un caído más en un barrio de Caracas.



• Nilo Jiménez



• Fernando Sánchez, *El Universal*



• Leonardo Noguera, *El Nacional*



• Américo Torres, *Panorama*



• Nilo Jiménez

Dos imágenes que lo dicen todo. La de la izquierda, después de un asalto frustrado por la policía, en Maracaibo; la de la derecha, de un linchamiento, en Caracas.

En las dos páginas siguientes:

Franklin Brito, una huelga de hambre llevada hasta las últimas consecuencias, retratado por Ernesto Morgado; Danilo Anderson, despedido por parientes y aliados, también por Morgado; el presidente venezolano, Hugo Chávez, la senadora colombiana, Piedad Córdoba y algunas de las víctimas de los secuestros de las FARC.



• William Marrero, El Nacional



• Cheo Pacheco, El Universal

Luis Aguilera 101 • 133

Jaime Albáñez 19 • 38 • 39

Venancio Alcázares 140 • 156

Honner Angarita 161

Iván Aponte 141 • 147

Sandra Bracho 116 • 120 • 122 • 127 • 135 • 151

Gustavo Brandes 164

Jorge Humberto Cárdenas 29 • 42 • 48 • 66 • 69 • 71

Jesús Castillo 173 • 189

Nelson Castro 178 • 183

Luis Cisneros 46

José Cohén 107

Vicente Correale 180 • 184

Alejandro «Alex» Delgado 92 • 126

Henry Delgado 148 • 150

Oswer Díaz 166

William Dumont 158

Juan García Solís 85 • 95

Ramón García 50 • 101 • 119

Pedro Garrido 71

Dolande 22

González 24

Germán González 99

Iván González 175 • 176

Alexandra Gómez 187

José Grillo 91 • 101

Miguel Grillo 90 • 96 • 97

Tom Grillo 106 • 111 • 125 • 129 • 170

Juan Carlos Guerrero 188

Efrén Hernández 161

Nilo Jiménez 191 • 195

Jacobo Lezama 113 • 150

Giorgio Lombardi 90 • 105 • 108

David Maris 168 • 172

Gregorio Marrero 190

William Marrero 157 • 159 • 183 • 197

Gonzalo Martínez 106

Juan Martínez Pozueta 18 • 23 • 25 • 26

Roberto Maza 123

Eduardo Méndez 155

Justo Molina 82 • 83

Yanny Montilla 159

Ernesto Morgado 136 • 137 • 138 • 139 • 141 • 157 • 174 • 196

Leonardo Noguera 181 • 193

Gabriel Osorio 151 • 152 • 160

Cheo Pacheco 197

Edward Perdomo 184

Enio Perdomo 98 • 108 • 146

Francisco Edmundo «Gordo» Pérez 2 • 8 • 14 • 17 • 20 • 30

• 31 • 34 • 43 • 49 • 68 • 73 • 74 • 77 • 81

Jimmy Pirela 179 • 182 • 184

Gabriela Pulido 162

Carlos Ramírez 171

Enrique Rivas 114 • 163

Héctor Rondón 63

Amílcar Ruiz 122

Fernando Sánchez 142 • 145 • 192

José Sardá 40 • 70 • 84 • 85 • 97 • 102 • 110 • 112 • 116 • 124

Manuel Sardá 134 • 143

Luigi Scotto 56 • 57 • 58 • 59 • 60 • 80

José Sigala 86 • 94

Francisco «Frasso» Solórzano 109 • 128 • 144

Osvaldo Tejada 100

Américo Torres 194

Orlando Ugueto 130 • 134 • 172

Ramón Villa 68 • 73 • 79

Vannyver Viloría 165

“En una sociedad de consumo, aun la obra
mejor intencionada y más atinadamente
titulada de los fotógrafos da por resultado
el descubrimiento de la belleza”

Susan Sontag

